JULIO EL BASTARDO,

ó

DEL PATIBULO AL FAVOR.

drama en 4 actos

POR

Ceferino Cresserra.

BARCELONA.
IMPRENTA DE NARCISO RAMIREZ, CALLE DE ESCUDELLERS NÚM 40.
1852.

634:21

JULIO EL BASTARDO,

ó

DEL PATÍBULO AL FAVOR.

drama en 4 actos

POR

Ceferino Tresserra.

BARCELONA.
IMPRENTA DE NARCISO RAMIREZ, CALLE DE ESCUDELLERS NÚM 40.
1852.

ES PROPIEDAD.

AL SEÑOR DON CEFERINO GUERRA,

en muestra de aprecio y admiracion á sus cualidades artísticas

dedica el presente drama

su autor CEFERINO TRESSERRA.

PERSONAGES DEL DRAMA.

JULIO. *Hijo bastardo del rey.*
ROBERTO. *Rival de Julio.*
DAVID. *Amigo de Roberto.*
TOM. *Criado.*
RENARD. *Gobernador de la Bastilla.*
MELVIORE. *Tio de Margarita.*
EL REY.
MARGARITA. *Amante de Julio.*
DOLORES. *Camarera.*

Un sacerdote, el verdugo, un embozado, pages, soldados, etc, etc.

La escena figura en Francia, época de Francisco I.

ERRATAS.

En la página 34, en el final de la escena V, falta lo siguiente:

Ren. Para que mañana al amanecer podais contemplar á nuestro héroe en el cadalso... Sí, señores: sé su escondrijo, y esta noche estará en mi poder; pues sabedlo, tengo empeñada mi palabra con el rey.

En la página 35, línea 6.ª, donde dice: *á la hora de la ejecucion del reo*, debe decir: *desde esta noche.*

JULIO EL BASTARDO,

ó

DEL PATÍBULO AL FAVOR.

ACTO PRIMERO.

La escena representa el jardin de la casa del marques Melviore, que estará iluminado con faroles de colores. — En el fondo se verá una graderia que significa conducir á los salones que estarán iluminados. — En primer término habrá un poyo junto á unos árboles y al lado de una cascada. — A lo lejos se verán cruzar algunas máscaras que desaparecerán al poco tiempo de principiada la escena. — Se oirá una lejana música de baile.

ESCENA PRIMERA.

Julio y Margarita. (Vestirán de máscara.)

Julio. (*Apareciendo del fondo, cogido de la mano de Margarita, quitándose la careta y luego sentándose en el poyo indicado.*) Bella Margarita... huyamos de esa atmósfera pesada y sofocante de los salones y respiremos aqui el aire libre de la noche. Bella es la soledad para dos seres que se aman!

Margarita. Si, Julio, si; muy bella es.

Jul. El baile, cuando se celebra en estos salones suntuosos; cuando el oro, las flores y los damascos deslumbran nuestros ojos; cuando los torrentes de luz nos sofocan, nada tiene de bello de ni atractivo para nosotros; tan solo sirve para los seres vanos que necesitan rodearse de grandeza para encumbrarse á sus propios ojos; ¿no es verdad, Margarita?

Mar. Si, es muy bello respirar con libertad el aire de la noche; admirar los resplandores de la luna que se retrata en el tranquilo estanque; oir el murmurío de la arboleda, y sobre todo, es muy dulce poder contar, sin que nadie nos lo estorbe, los latidos del corazon del que nos ama y nos lo dice.... ¿ Me amas mucho Julio ?

Jul. Como es imposile te imagines.

Mar. Sin embargo, á veces me parece deber reconvenirte porque no puedo creer que tu amor iguale al mio; mas entonces una voz misteriosa del corazon me dice: « si no es posible, Margarita, ¿ porque lo intentas ? »

Jul. Asi te quiero, ángel mio !

Mar. Pues dime que tu tambien me amas mucho; con ese amor puro y santo como el de los serafines del Señor.

Jul. Bien sabes que mi pasion nada tiene de comun con las de los demás hombres; que te amo, no por tu hermosura angelical, sino por tu corazon.... Por esto, tal vez, asoman lágrimas de tristeza en mis ojos, cuando otros hombres se entregarian solo al placer de poseerte.

Mar. Entre poco, cuando sea tu esposa, estas lágrimas las borrará el contento y la felicidad.

Jul. Margarita, ay ! no presentes nunca al hombre infortunado el colmo de sus ambiciones. No olvides que soy tenido por indigno de tu nombre y de tu rango.

Mar. Julio, ¿ porqué me hablas asi ? ¿Ignoras que tu pobre Margarita cifra su porvenir en la grandeza de tu alma y de tu amor, que te prefiere á todo y hasta á uno de los títulos mas nobles de nuestra corte ?

Jul. Perdóname, amada mia, perdóname; pero guárdate de llevar jamás á mi memoria semejante recuerdo: está enlazado con el nombre de mi rival Roberto; nombre odioso que resuena en mis oidos como una palabra de muerte.

Mar. Para mi no tienes rival.

Jul. Con todo, sufro porque hay otro que te ama y te codicia.

Mar. Solo debieras compadecerle.

Jul. Margarita !...

Mar. Yo no le amo, y si su corazon es noble como su nombre, bastante sufrirá el castigo de haberte infundido celos.

Jul. Basta. Tu candidez para nada tiene en cuenta los misterios del corazon humano.... Aquí no se discurre asi.

Mar. Lo sé, y por esto te amo, á ti, que no perteneces á esa miserable série de autómatas que se mueven y piensan igualmente como las ruedas de una sola máquina.

Jul. Y bajo el móvil del oropel y del engaño, de la perversidad y la adulacion; desierto de sus cabezas todo pensamiento grande.... Oh! cuán dulce es encontrarse con otro ser que juzgue como nosotros al mundo, y bastante grande para amarnos..!

Mar. No te entiendo.

Jul. Si, si, Margarita; en tus ojos leo la bondad de tus palabras: amas y tu corazon no escuadriña á quien; estrechas la mano de un bastardo y no te estremeces; pues no piensas que podria ser la del hijo de un verdugo, y...

Mar. Y aun así te amaria tambien: tu eres el hombre que Dios ha antepuesto en mi camino para que fueses la égida de mi felicidad.

Jul. Bien, Margarita, bien: repite estas palabras que son mas gratas á mis oidos que el himno de esta noche encantadora; saludables al alma como el místico aroma de la religion. Ámame, si, porque mi pobre corazon es tal, que solo por tu amor puede latir. Bien lo sabes: yo huyo de la sociedad porque su egoismo me espanta y juzgo á los hombres de distinta manera que ellos se juzgan á sí mismos. La orgía es su vida; mancillan su dignidad por su ignorancia, son esclavos rastreros de quien sabe engañarles y siempre son un juguete de su propia vanidad.

Mar. Pero tambien á veces saben hacer justicia al génio y á la virtud. ¿Has olvidado cuántas ocasiones la multitud te ha llevado en triunfo? cuántos infelices no bendicen tu memoria?

Jul. Esto es lo único que me detiene dentro del círculo de la sociedad: ¡hay tantos desgraciados que me necesitan!

Mar. Por ellos aprendí á amarte.

Jul. Gracias!... (*besándole la mano.*)

Mar. Julio mio...! Mas, calle... (*volviéndose precipitadamente.*) oigo pasos... Ah... es que la danza ha terminado y algunas máscaras se dirigen á esta parte de los jardines. Partamos, partamos, porque... si nos conocieran...

Jul. Si; se oyen pasos. Cubrámonos el rostro, y, hasta la prócsima danza que espero tener tambien la dicha de depositar otro ósculo de amor en tus manos; (*se las besa.*) ¿es cierto?

Mar. Si, Julio, si.

Jul. Oh! ¿porqué estos momentos han de ser tan breves?

Mar. ¿Porqué estas noches no han de ser eternas?

Jul. Pronto nos volveremos á reunir. (*Pónense las caretas y van á partir.*)

ESCENA II.

Los mismos, **Roberto y David.**

David. (*Deteniendo á Julio y Margarita que se van por el fondo.*) Ola, lindas mascaritas; parece que sabeis aprovechar el tiempo: Tasso y Leonora no lo hubieran hecho mejor.... Lindo sitio es este para los enamorados; sobre todo es solitario.

Jul. Si conocierais á los sugetos que acabais de nombrar os avergonzariais de vuestras palabras.

Dav. Los he oido celebrar como modelos de....

Jul. Bien se conoce que no sabeis de qué... ¡imbéciles! (*abandonan la escena.*)

ESCENA III.

Roberto, David, luego **Tom.**

David. Pues señor, prisa llevan nuestros camaradas (*quitándose la careta*) y amostazado se halla el fulano; pero no de manera que podamos traslucir.....

Roberto. Ni por el menor indicio si son ellos.

Dav. Sin embargo, amigo mio, lo son; el corazon me lo está diciendo en altas voces.

Rob. Entonces.....

Dav. No siempre uno debe fiarse del corazon.

Rob. Es cierto.

Dav. Errar el golpe hubiera sido perdernos.

Tom. (*Apareciendo de detrás de un árbol*). No lo hubierais errado, señores. Caballero Roberto, yo puedo responderos de todo: estas máscaras que habeis dejado pasar por vuestro lado, son Julio y Margarita, enamorados como dos tortolillas del bosque. Si hubieseis estado aquí conmigo, hubierais salido con desesperacion á arrancarles el alma, guiado por los celos. Yo mismo he tenido que violentarme, señor, para no arrojarme entre ellos como una fiera al contemplar la suerte de vuestro rival.....

Dav. Tom!.....

Tom. Bien está..... Ya se yo que no me toca ponerme en lugar del caballero Roberto mi amo...

Rob. Basta.....

Tom. Mas nada se ha perdido; el golpe puede darse esta misma noche.

Dav. ¿Cómo? cómo?...

Rob. Habla.

Tom. Digo que nada se ha perdido, porque volverán aquí al principiar otra danza en los salones. Ambos están en que el bullicio del baile no presta para los enamorados, y sí la soledad, el rumor de la arboleda...

Rob. Oh! qué enojo!

Dav. Si ellos han de volver aquí, el triunfo es nuestro.

Rob. Dime, Tom, ¿no has podido traslucir un solo punto por donde provocar un rompimiento entre los dos, dado caso que nuestro intento fracasare? No hay un flanco por donde atacar con esperanzas de buen éxito?

Tom. Nada de esto, señor. Siempre nuevas y mas ardientes protestas de cariño. Se aman estremadamente.

Rob. Oh! venganza, pues, camaradas! que muera! Si me estimais, si en algo apreciais mi sér, mis riquezas, mi valimiento, no permitais, no, que vuestro amigo viva un dia mas en semejante desesperacion. Muera el bastardo! castiguemos á su amante, cuyo duro corazon tantas veces me ha visto á sus pies derramar las lágrimas del niño demandándole una sola palabra de compasion. Sí, señores, venganza contra los dos!

Dav. Será. Tú lograrás por la fuerza á Margarita; yo me encargaré de vengarte de Julio de modo que jamás pueda molestarte.

Tom. Sí, sí, que muera, para que vaya á defender las almas del purgatorio ó á disputarlas al Cancerbero, como acá se las disputa al verdugo. Que vaya á hacer discursos al otro mundo, el Sr. Tribuno, si es que allí halla Parlamentos, y que lo revuelva y trastorne todo como por acá...

Rob. Silencio!

Dav. No hablemos mas, y manos á la obra. Tú (*á Tom*) volverás á esconderte tras la arboleda, y nosotros dos acecharemos la escalera del jardin para oir la señal convenida cuando llegue la ocasion, que ya sabes son dos palmadas.

Rob. Y ánimo y ligereza: no olvidando que para las grandes acciones son las grandes recompensas.

Tom. Siempre mi brazo lo hallareis pronto á vuestro servicio.

Dav. Bien, pues, ¿todos estamos preparados?

Tom. En cuanto á mí poseo una hoja que puede pasar una bala de á veinte y cuatro (*enseñando un puñal*).

Rob. Partamos pues; no sea que antes se sospeche de nosotros.

Dav. Vamos. A esperar que la suerte nos sea propicia.

Rob. Vamos (*vánse*).

ESCENA IV.

Melviore y Renard.

Renard. ¿Creeis que nunca deba descubrirse su orígen? El simple nombre del Tribuno es una notabilidad para la Francia, y su existencia no es un misterio que solo guarde la tumba.....

Melviore. Pero interin, amigo mio, su orígen no se descubra, bien conoceis vos que yo no puedo entregarle la mano de mi sobrina.

Ren. A mí no me toca entrar en este terreno. Los timbres de vuestra casa son muy elevados, no lo ignoro, señor marques. Yo os aconsejo únicamente como amigo que no desespereis á vuestra sobrina Margarita, porque, quien sabe si por medio de ella á los muchos cuarteles de vuestro escudo se añadiria algun otro no menos noble y glorioso.

Mel. Puede lograr apellido el bastardo, lo confieso, pero mucho dificulto que su carácter haga nunca la felicidad de mi sobrina.

Ren. ¿Porqué no? vos no le habeis tratado de cerca y no le podeis juzgar imparcialmente.

Mel. No le reparais siempre sombrío por los corredores de Palacio? no le oís contestar bruscamente á los ministros? ¿no sabeis que está abogando continuamente, con su voz y con su pluma, en favor del pueblo, en favor de esas masas enemigas á muerte de nuestros escudos sobre los que pretenden encumbrarse?

Ren. ¿Creeis esto? no: Julio no pretende encumbrarse Si. esto fuera, mil títulos le proporcionara la Corte á la menor de sus indicaciones.

Mel. Con todo.....

Ren. Apropósito. Si me ofreceis guardar silencio os confiaré un secreto.....

Mel. ¿Un secreto?

Ren. Sí, oid: Un dia, ya hace mucho tiempo, se le apareció un hombre del pueblo con una cajita, y le dijo presentándosela: — ¿quereis saber el secreto de vuestra ecsistencia? — ¿Quién sois vos, le contestó Julio con su natural serenidad, que así me hablais, y qué movil os lleva á mí? — Señor, contestóle el otro; vos sois el mejor defensor de nuestra raza malhadada; no os ciegan las vanidades; odiais á los nobles y los pecheros os deben cuantos servicios estén á su alcance. Vos habeis sido criado en Palacio, pero solo hasta una edad en la que ningun recuerdo podiais guardar para el porvenir. Mas tarde fuisteis arrojado de allí para entregaros al abandono; vuestra madre fué vilmente asesinada por algunos nobles, y vos sois el bochorno del mas alto blason de la Francia. — Dichas estas palabras, los ojos de Julio se encendieron como dos metéoras, y gritó enfurecido asiendo del brazo al hombre del pueblo. — ¡Miserable! ¿y con qué derecho posees tú estos papeles? — Señor, contestóle el otro, el acaso los ha puesto en mi poder sin que pueda deciros de qué manera; pero os juro que guardaré el secreto. — Si es así, contestó Julio con aire de duda, entregadme esta caja. — Se la dió, y al momento la vació sobre las llamas de una chimenea que ardia á poca distancia de ellos....

Mel. ¡Qué alma!

Ren. Con todo, dicen que preservó del fuego un par de pliegos: uno conteniendo el sobre escrito con tinta roja ó sangre, y el otro envolviendo un cuerpo como el marco de una miniatura.

Mel. Y esta anécdota, señor gobernador, la habeis adquirido con visos de certeza?

Ren. No puede caberme la menor duda respecto su realidad; tanto, que lo único que me ocupa es alcanzar que Julio me entregue los papeles que se reservó, cuyo contenido ignora todavia, para arrojarlos por mis manos al fuego, como él hizo con los primeros.

Mel. Y pensais lograrlo?

Ren. ¿Ignorais cuanto puede el amor? si Margarita se empeñara, si dierais á entrever á Julio una ligera opcion á la mano de vuestra sobrina...?

Mel. Pero....

Ren. Creed que no os pesara, y que alguno os lo recompensaria.

Mel. ¿ Quien ?

Ren. Algun alto dignatario del estado.

Mel. ¿ Segun esto, hablais por instrucciones?

Ren. Efectivamente.

Mel. ¿ De quién ?

Ren. Quizás nunca lo adivinariais.....

Mel. ¿ Tal vez del cardenal de...?

Ren. Mas alto.

Mel. ¿El de Guisa, gefe de los nuestros?

Ren. Subid, aun.

Mel. ¿La hermana de nuestro Monarca...?

Ren. Algo mas...

Mel. Gobernador, ved que solo falta....

Ren. El rey !... Ciertamente. Las masas del pueblo se encargan de darnos á conocer los grandes hombres que encierran en su oscuridad. Si son enemigos nuestros, les dejamos crecer hasta llegar á nuestra altura; cuando son nuestros iguales, ya no pueden ser nuestros enemigos.

Mel. Esta es la táctica.

Ren. Es decir, que elevado Julio por su amor hasta los blasones mas aristocráticos , no podria ser nuestro enemigo sin serlo hasta cierto punto de sí mismo. Mirad: si las cosas se adelantaran, si yo lograra los papeles de que os hablo, me comprometo á que el monarca en muestra de aprecio á sus talentos y queriendo dar una prueba á los partidos de su imparcialidad, les sirva de padrino en la boda!

Mel. Me vais convenciendo.....

Ren. Vaya, Marques, que ya os decidireis y hareis de manera de no perder tiempo.

Mel. ¿Pero esos papeles de Julio de que me hablais..?

Ren. Mas adelante os enteraré de ellos, sin duda.

Mel. Decidme, ¿no sabeis si asiste á esta fiesta?

Ren. Vos direis si le habeis invitado á ello.

Mel. Por de contado: bien que él huye de los festines, no sé si por conviccion ó porque así conviene al papel que está representando.

Ren. Pero, los atractivos de Margarita, la libertad del disfraz... yo no dudo de que esté aquí.

Mel. Probemos de saberlo, señor gobernador. Además de que la gente desaparece de los jardines y la música está dando señales de principiarse otra danza. Vos no debeis faltar allí. Yo por otra parte trataré de indagar tambien...

Ren. Vámonos, pues. (*vanse y al tiempo de verificarlo dirán aparte y casi á un tiempo*).

Mel. Oh! qué rayo de orgullo y de esperanza has hecho nacer en mi corazon!

Ren. Ya eres mio, señor Marqués...!

ESCENA V.

Margarita y Julio.

Margarita. ¡Cuánto ha tardado en romper la música!

Julio. ¿Lo crees así, Margarita? Oh! para mí tambien ha tardado mucho... Busquemos la sombra que nos cobijara, y demos un momento mas de ventura á nuestros corazones. ¡Son tan escasos por nuestro mal!....

Mar. Esperanza, Julio, esperanza! Además, tú mil veces me has dicho que este estado no duraria para los dos.

Jul. Es cierto.

Mar. Y yo nunca he pedido esplicaciones á tus palabras...

Jul. Margarita...

Mar. Sin embargo de que... me parece...

Jul. ¿Que te las debo? tambien es cierto y voy ahora mismo á decirte la verdad de mis intenciones: «te haré mi esposa y huirémos...»

Mar. Oh!.....

Jul. Lloras, Margarita? ¿tienen para tí ningun atractivo las ori-

llas del Sena, con su nebulosa atmósfera de adulaciones y fingimientos? Nuestra patria es el mundo entero; por donde quiera vayamos siempre tendremos que hacer esfuerzos para huir de la gente; créelo, porque hay cierta clase de hombres á quienes rodea la multitud como para mostrárseles con todas sus imperfecciones.

Mar. Pero abandonar mi casa, huir de mi familia dejándola en mi lugar el dolor y la deshonra!...

Jul. ¿Deshonra, dices? y con qué derecho se me niega tu mano?

Mar. Julio mio, permite que antes me arroje á las plantas del Marqués mi tio, y que le pida su gracia, como yo te suplico á tí el permiso de hacerlo. Sí, Julio, sí. (*inclinándose*).

Jul. El hombre que ultraja á otro hombre por una culpa que no es suya, es un villano, que bien merece ser castigado. El Marqués es uno de estos... pero, tú loquieres, y yo le perdono.

Mar. Si generoso Julio... Ya verás como á mis ruegos cede por fin.

Jul. El cielo lo quiera... Pero no hablemos mas de esto, y sí solo de nuestra intensa pasion. Mira, tú eres la única flor que he hallado en este mundo; (*con cariño y cogiéndole la mano*) el único timbre que anhelo. Cuando tu mano toca mis amantes labios, llevan al alma un raudal de felicidad; si tu mirada se identifica en la mia, me fascinan tus ojos cual si los mios se fijaran en el sol; cuento los latidos de tu corazon por los latidos del mio, porque vives en él como el ídolo en el altar, como el alma en el cuerpo. Oh! no hay humano poder que te arranque de aquí... por esto te quisiera siempre entre mis brazos... así... (*abrazándola*).

Mar. Yo tambien, amado mio. Soy tuya con toda la efervescencia del primero y mejor amor (*con mucho cariño y acercándose á su rostro; luego se oyen dos palmadas*).

—

ESCENA VI.

Los mismos, **Roberto**, **David** y **Tom**.

David. (*Desde el fondo.*) Bien haceis en aprovechar el tiempo: dentro una hora ya seria tarde.

Roberto. Páguenme los tormentos que estoy sufriendo.

Margarita. Oh! oigo ruido... (*pónese la máscara*). Vámonos.

Julio. Es verdad (*cúbrese tambien*).

(*Entretanto los tres se acercan : Julio y Margarita cogidos del brazo van á partir, pero los tres se arrojan sobre ellos con pañuelos para taparles la boca. Los separan: David lucha con Margarita, Roberto y Tom contra Julio*).

Mar. ! Oh !! (*con espanto.*) ¡ qué es esto!...

Dav. (*Sujetando á Margarita.*) En vano forcejais, señora, seguidme á buenas, porque mis brazos son de hierro.

Tom. (*forcejando con Julio.*) No hagais el valenton , porque toda resistencia es inútil. Sin lengua , señor Tribuno , valeis muy poco.

Rob. (*forcejando tambien.*) Quieto ! bastardo !

Jul. (*con voz sofocada.*) Infames !... miserables !....

Mar. Socorro !... Julio mio...! Socorro...!

Rob. Pensabas obtener á Margarita sin creer que tu empeño habia de costarte muy caro...

Tom. No tantas satisfacciones al Tribuno... ¡ que muera !

Mar. Julio ! ay! fallezco...! Socorro !... (*se desmaya.*)

Dav. Bravo ; mi combatiente se desmaya ! Adios.... Héla aquí como una malva !... (*la reclina sobre el poyo.*)

Jul. ¡Oh... traidores ! infames ! (*En esto, despues de desesperados esfuerzos, logra deshacerse de Tom, al que arroja á larga distancia. Luego saca un par de pistolas y dispara una contra Roberto al tiempo que Tom va á arrojársele encima con puñal en mano.*)

Rob. Ay ! soy muerto ! (*cae.*)

Tom. Infierno... ! mi amo muerto..! Estamos perdidos. (*huye.*)

Dav. Cielos ! ¿qué es esto? mi amigo traspasado por una bala!

(*dirigiéndose á Julio.*) ¿ Qué habeis hecho, señor Julio ...?

Jul. Lo que haré con vos si dais un paso mas, (*apuntándole la otra pistola.*) traidor David. Oh! ya os conozco bien, esta hazaña es digna de vos. (*Vase David*). Cobardes! tres contra uno. ¡qué vergüenza..! ¡Oh! queriais arrebatarme á Margarita... y asesinarme!... Dios me ha ausiliado..! ¡gracias! (*y dirigiéndose á Margarita que permanece desmayada, esclamará con precipitacion*) Oh! Margarita! Margarita! vuelve en tí..... no temas nada... Soy yo, tu Julio..... te hallas en mis brazos.... ¡Margarita!!!

ESCENA VII.

Los mismos, **Melviore**, **Renard**, **David**, **Tom**, y varias màscaras de ambos sexos.

David. Por aquí, señores; aquí es el lugar de la catástrofe.

Melviore. Gran Dios! (*parando de repente al reparar á Roberto*).

Renard. ¿Julio aquí? (*aparte.*)

Mel. Que veo! mi sobrina!... ¡Oh! vos, caballero, que afortunadamente os hallais en mi casa, valeos de vuestra autoridad para prender al asesino, que no puede haber salido todavía de esta casa... Ola! criados! cerrad todas las puertas; que no salga nadie. Mas no, no; aguardad... (*reparando á Julio.*) ¿Quién sois vos? ¿Qué haceis aquí?.... Ah! ya lo comprendo todo!.... ¡frenético!.... loco! ...

Jul. Marqués Melviore!.....

Mel. Asesino!....

Ren. En nombre de la ley, basta, señores: descubrios todos el rostro y prestad apoyo al gobernador de la Bastilla. Caballero, (*dirijiéndose á Julio.*) parece que contra vos se dirigen las sospechas de este vil acontecimiento..... pero vuestro rostro me es conocido y no puedo suponer... que...

Jul. No os quede la menor duda: acabo de disparar una de mis pistolas contra el pecho de este infeliz. Preguntádselo al caballero David, que lo ha visto.

Ren. Y qué motivos os han inducido á ello?

Jul. Perdonad; esta es contestacion que solo debo á mis jueces.

Ren. Quedad preso por la ley y declarad vuestros cómplices.

Jul. No tengo ninguno.

Ren. Advertid que.....

Jul. Señor Gobernador, yo no sé mentir!

Ren. El tribunal se encargará de repetiros la pregunta.... Seguidme á la Bastilla!... (*aparte.*) Bien para mi estrella! ya no necesito al Marqués. Ya no mendigaré los papeles. Los muros de la Bastilla me responderán de ellos.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La escena representa el interior de la casa de Roberto — Salon medio adornado con puerta grande en el fondo y una á cada lado del proscenio. A la izquierda de la puerta del fondo habrá una librería ; á la derecha una ventana que figura dar á los jardines de la casa. — Es de noche ; truena y relampaguea durante todo el acto.

ESCENA PRIMERA.

Tom solo, luego **Julio**.

Tom. (*Asomándose á la ventana.*) No oigo el menor ruido todavia, ni veo nada, porque la oscuridad es espantosa... Aguardemos que alumbre el resplandor de un relámpago. (*truena.*) Imponente es siempre la tempestad.... parece que Dios en estas terribles escenas amenaza al hombre por sus maldades.... (*Cruza un relámpago.*) ¡ Santa Brígida !... Temor tengo de que el caballero Roberto se desvele y llame á sus criados, como tiene de costumbre , para hacernos partícipes de sus molestias... Ya se vé, como el amo apenas se acuesta nunca desde la terrible herida que recibió en la memorable jornada del baile de máscaras, se figura que sus criados tampoco han de descansar... ¡Cuanto mejor no hubiera sido, en parte, que allí terminara sus dias, si despues habia de ser causa de tantos males! Primeramente no hubiera obligado á la pobre señora á casarse con él, que lejos de amarle, muy bien me consta que le aborrecia... Pero... ¡que diantre filosofo!.. no me va tan mal por ello. Ahora mismo estoy aguardando el cumplimiento de una estipulacion que no dejará de valerme algunos luises... Oh..! yo siempre soy de quien me paga , sea amigo ó enemigo de quien sirvo... La conciencia á un lado..! (*Óyese un trueno*

precedido de dos palmadas.) Ola !.. ya asoma el personage... Echémosle pronto la escalera y despachemos, porque el huracan arrecia de firme. (*un buen rato de pausa mientras baja por la ventana una escalera de cuerda.*) Bien... ya alcanza la cuerda... Ya sube... Digo!.. el aislamiento y la inaccion durante un año seguido de presidio no han entorpecido sus miembros. ¡ Bravo sugeto ! aquí está... (*ayudándole á entrar por la ventana.*) Con cuidado, caballero ; agarraos de mi brazo, y no tengais miedo...

Julio. (*con porte desarreglado y pálido rostro.*) ¡Gracias, Dios mio ! (*azorado y enjugándose la frente.*)

Tom. ¿ Estais contento de mi obra ?

Jul. Mucho.

Tom. ¿ Podriais esperar mas de vuestro mejor amigo ?

Jul. No, no; buen hombre. (*aparte.*) ¡ Gran Dios !..

Tom. Y ahora ¿ cuales son vuestras intenciones ?

Jul. ¿Necesitais saberlas ?

Tom. Señor, si para ellas os puedo tambien ser útil...

Jul. Solo deseo ver á Margarita, y para esto no necesito mas que saber donde encontrarla.

Tom. En su oratorio que lo teneis aquí. (*señalando á la puerta derecha.*)

Jul. ¿ Tan tarde en su oratorio ?

Tom. Es que la señora raras veces se acuesta.

Jul. ¿ Y Roberto?

Tom. Este otro es su gabinete. (*señalando á la puerta izquierda.*)

Jul. ¿ Duerme ?

Tom. No señor; mi amo tampoco duerme por las noches.

Jul. (*aparte y con sentimiento.*) Tampoco duermo yo ¡gran Dios! ¡Ay ! ¿ qué es el corazon del hombre sino un palenque, una lucha de contínuas amarguras que ahuyentan el sueño de nuestros ojos ?... (*á Tom.*) Mira, buen hombre, si me dejaras solo ..

Tom. ¿ Y que haréis aquí solo, señor?

Jul. Esperar la ocasion de ver á Margarita.

Tom. Y despues que la hayais visto, ¿ me ofreceis, bajo pala-

bra de honor, que saldreis al instante sin cometer ninguna imprudencia que pueda ser funesta para vos, ó para mí?

Jul. Calcula si yo, miserable prófugo, intentaré que me ahorquen, descubriéndome yo mismo. No; ya me puedes dejar solo. Pero antes, toma lo estipulado. (*Le entrega un bolsillo de dinero.*)

Tom. Muchas gracias... Conqué, ¿decís que necesitais estar solo para ver á la señora? Lo lograreis; pero advertid que su marido...

Jul. ¿Qué quereis decir?

Tom. Podria entrar en esta habitacion por casualidad...

Jul. No temas que me sorprenda.

Tom. En tal caso, recordad que detras de esta librería podeis esconderos, y que si os conviene, apretando un anillo que hay en la pared os abrireis paso á un subterráneo, en donde no podreis ser hallado por humana criatura....

Jul. Corriente; vete.

ESCENA II.

Julio, solo.

Bendigo á la Providencia que despues de un año de terribles sufrimientos me permite respirar el aire que ella respira... Pero ¿cómo, y en donde?... ¿qué vengo á buscar aquí, loco, frenético, que dando riendas al dolor, ignoro donde voy como el potro que corre al precipicio?... Y ¿qué es lo que me rodea....? por una parte un criado vil que vende á su amo al mismo que há un año acometia puñal en mano; mas allá, el ángel mas hermoso de la tierra cediendo al rigor de un mal pariente y haciéndose perjura antes de saber morir por conservar la fé á mi pobre corazon; aquí Roberto, hecho dueño de ese ángel por herencia del mayor de los delitos... yo, preso, vilipendiado, por haberme defendido de unos asesinos que me robaban mi felicidad... ¡Ahora bien! la tempestad que ruge

en nuestros corazones es sangrienta; ninguno de nosotros duerme; albergamos continuamente la zozobra, y ¿cuál se atreverá á pronunciar la palabra *paz* al contemplar la distancia que nos separa de ella...? ¡Qué ideas, Dios eterno!... Pero, encontrarme aquí, solo, como el ladron en busca del tesoro que va á robar... ¡Nada...! brazo mio, valor! (*acariciando un puñal que llevará en el cinto.*) corazon no me abandones! ¡ruge, ruge dentro de estas paredes como el trueno que retumba por la atmósfera!... Entendimiento, desierta de aquí, y deja que la venganza... no... no, que la justicia se cumpla...!

ESCENA III.

Julio y Roberto.

Roberto. (*Que entra con paso incierto, vestido de bata y apoyándose en una muleta con una mano, y con la otra aguanta una luz*).—¡Qué noche tan pavorosa, ¡Dios mio! retoña la sangre en mi herida como el dia en que la recibí, y me causa unos dolores vivísimos..... Oh! ¿por qué no puede curárseme esa horrible cicatriz? ¿Estaba acaso emponzoñada la bala que me arrojó aquel hombre, cuyo espectro me persigue arrojando una contínua maldicion sobre mí...? Sí, sí, aquella bala estaba emponzoñada, pero, por la mano de Dios; era preciso que yo purgara el delito de haber sacrificado á mi poder la felicidad de dos seres unidos por el amor... ¡Ay!... cuánto sufro; siento que desfallezco, y mi vida, lo conozco, vuela á su ocaso. ¡Pero morir!... tan jóven...! Oh! no, no; yo no quiero morir!

Jul. Miserable! (*aparte*).

Rob. Quiero vivir... y... (*reparando á Julio.*) Pero ¿qué veo?... allí está..! (*deja caer la luz*). ¡Es Julio, con los ojos clavados en mí, los cabellos erizados.... armado su brazo de una daga reluciente... abiertos sus labios para pronunciar la maldicion!.. oh! no, no me maldigas... (*Julio se esconde de-*

tras de la librería, Roberto cambiando de tono) Ha desaparecido...ya se fué. (*pasándose la mano por la frente*) Siempre estas mismas visiones!... ¡ay! son hijas del miedo y los remordimientos!... Yo no puedo estar un momento solo. ¡ Margarita! Margarita ! (*llamando y encaminándose al aposento de aquella*).

Jul. (*que asoma para pronunciar las siguientes palabras*). ¡Cielo santo!... y hasta este monstruo es susceptible á los remordimientos!... ¡le perdono!... (*arroja el puñal*).

ESCENA IV.

Roberto y Margarita, luego **Julio**.

Roberto. Margarita , perdóname... pero no lo estrañes, no : hoy sufro terriblemente, y cual si fuese el último dia de mi vida... huyo de un ensueño para caer en otro. Ahora mismo... (*temblando.*) no estrañes esta convulsion que me domina; ahora mismo, he visto el espectro horrible, con un puñal en la mano , inmóvil como una estatua de bronce; y cuyos ojos desprendian unas sangrientas centellas que llegaban hácia mi, y filtrando en mis heridas, me arrancaban el corazon á pedazos.

Margarita. Y sin embargo, tranquilizaos, no es nada: todo es ilusion de vuestra mente.

Rob. Ya lo sé, son insómnios que me persiguen por mis estravíos pasados, Margarita: pero cuando estoy á tu lado, huyen cual nubes de humo , como sombras pasageras... Oh! ¡qué dichoso será aquel dia en que libre de tantos pesares y sufrimientos podré estrecharte contra mi seno...!

Mar. No penseis en esto, Roberto... vuestra salud...

Rob. Sí ; ya sé que estoy malo, no se me oculta, pero ¿crees tu que no hay esperanza para mí? Habla, habla , ¿ qué han dicho hoy los facultativos?... ¿para cuanto tiempo hay todavía? (*con dolor*). No me respondes... Bien, ya te comprendo... pero, si he de morir hoy.... si he de morir mañana.... moriré en tus brazos... aquí, aquí, Margarita...

Mar. Roberto... ya sabeis que me han casado con vos á la fuerza... y ante Dios no sois mi esposo...!

Rob. ¡Margarita!...

Mar. El poder de mi tio junto con el de Renard fueron bastante para arrastrarme al sacrificio.

Rob. ¿Con qué, nunca podré esperar de tí el olvido de lo pasado?

Mar. Perdonad...

Rob. Margarita, no dés entrada en tu mente á recuerdos que no vienen al caso... Olvida tus amores pasados por la pasion de un hombre rico que te adora como un niño á su madre.

Mar. No os aborrezco porque sois débil y estais enfermo; porque ante Dios se cumple con un deber de humanidad cicatrizando las heridas de nuestros mayores enemigos; pero cuando ya no necesiteis mas el apoyo de una hermana de la caridad, entonces, el divorcio...

Rob. Infeliz!

Mar. Sí, sí...! (*llorando*).

(*Julio acercándose á los dos con pausa, se hallará entre ellos cuando las últimas palabras de Margarita, y dice*).

Jul. Bien, bien, Margarita!... te reconozco!

(*Roberto y Margarita retroceden espantados dando los dos á un tiempo una esclamacion de* ¡Ay!)

Mar. Julio!...

Rob. Mi rival!... la fantasma!!! (*Se arrodilla á sus pies*).

Jul. (*Cogiendo de la mano á Roberto*). No! la mano de Dios que venga el crímen de un hombre infame. (*lo suelta y Roberto cae*). Margarita!.. (*plegando los brazos y contemplándola con pesadumbre*). ¡Qué horrible sueño es el sueño de nuestra vida! ¿Dónde están las flores de aquellos deliciosos jardines que tanto alhagaban al amor y la esperanza? ¿dónde aquellos dulces latidos, del corazon creyente en la felicidad del mundo?... Nada existe... ¡todo nos lo ha robado este hombre! (*señalando á Roberto*).

Mar. ¡Calla, Julio!...

Rob. (*levantándose un poco.*) Qué horribles sufrimientos!... Mi cérebro se volcaniza! una turba inmensa de puñales se complacen en desgarrar mis entrañas fibra por fibra... Socorro! socorro! (*vuelve á caer*).

Jul. Noble Roberto... (*levantándolo y sentándolo en una silla*). Así lo manda Dios... levantaos.

Rob. Ya es tarde, levantais á un cadáver. Mejor hariais en internarme mas en la tumba que tengo abierta á mis plantas, pues piso ya los umbrales de la eternidad! Oh! sufro mucho! mucho! Abismad un puñal en mi seno... Merezco la maldicion de los hombres y el castigo de Dios... He abusado del oro y del poder... de la inocencia... Ay !... ¡ qué horribles remordimientos...! Este puñal, Julio, este puñal... (*señalando al que Julio ha arrojado al suelo*).

Jul. Este puñal, Roberto, perdona al arrepentido.

Rob. ¿Qué oigo? ¿ me perdonais?... ¡ Qué horrible tormento!...

Jul. ¿ Estais loco, infeliz? ¡pisais los umbrales de la eternidad, y no buscais el perdon de vuestras víctimas!

Rob. Es que sufro mucho... Esta agonía es espantosa, herid... Adios, Margarita! Julio, escuchad, y aliviareis mi conciencia. Volved á conquistar á este ángel... os lo dejo sin que el menor álito mio pueda haber empañado á vuestros ojos el cristal de su pureza.... Yo la amé; sentí por ella rugir en mi corazon el estallido de una tempestad sin nombre... pero ella es un ángel que solo respira por vos el amor; por el mundo, por sus mayores verdugos, la caridad... Gracias, Margarita; mucho habeis hecho para este infeliz, curando con mano benéfica las heridas de su pecho... Si no habeis podido curar las de su corazon, ya os perdono. Ay!...¡Julio.. Margarita!

Jul. Os compadezco, infeliz Roberto.

Rob. Adios... no me maldigais esta vez....

Jul. Qué horrible suplicio! (*llevando una mano á sus ojos*).

Rob. Tan noble sois que derramais lágrimas por mí... Ay ! se acabó... adios entrambos... mi vista no alcanza á vosotros... un ruido estrepitoso invade mis oidos... me abraso... el

hielo de la muerte... Adios.... Era justo... ¡ Ah ! misericordia... ya vengo, Dios mio...! (*muere*).

Jul. Infeliz! El cielo te compadezca!...

Mar. Dios te ampare...! (*llorando*).

Jul. ¿Lloras, Margarita?...

Mar. No lloro mi viudez.... lloro... la infelicidad de este hombre... Pido tu socorro y tu perdon...

Jul. Pobre Margarita ! yo ya no soy aquel que defendia y amparaba al débil y desgraciado... Soy un prófugo de la Bastilla que ansioso de la venganza y de la muerte venia á buscarlas juntas aquí , á tus plantas... ¿ Sabes lo que es un prófugo de la Bastilla ?... Un sentenciado á muerte!.....

Mar. ¿ Qué oigo ? ¡ qué horror !

Jul. Sí : iba á espirar el tiempo de mi condena , y entre poco me hubiera visto libre quizá... mas ¿para qué necesita la libertad el hombre que le han robado el aroma de sus ilusiones?... ¡ Para nada !

Mar. Julio, yo te amo, y ni un momento te has separado de aquí...

Jul. Oye: (*con ansiedad.*) los momentos son preciosos ; entre poco vendrán á arrancarnos el uno de los brazos del otro, porque el verdugo reclamará mi cabeza.

Mar. No te entiendo... tus palabras me estremecen.

Jul. Pronto te sacarán de duda... ¡Dame el último adios , Margarita; el último abrazo... y ven pronto á reunirte conmigo allá, en lo alto! ¿No es verdad que no te harás esperar mucho?

Mar. Oh !...

Jul. ¿No me respondes?... ¿ temes acaso?

Mar. No te comprendo , te lo repito; te hallas en mi casa, á mi lado , y huiremos pronto los dos aunque quieras al confin de los mundos.

Jul. Ya es tarde para todo.

Mar. Habla! habla!...

Jul. Resuelto á morir como estaba , al abandonar la Bastilla he dejado un billete en mi calabozo, en el que manifiesto fu-

garme para ir á encontrar en su propia casa al caballero Roberto, y he firmado este papel. En estos momentos aquel estará en poder del gobernador de la Bastilla, quien se dará prisa probablemente para librar á su amigo Roberto.

Mar. Ay!.... qué horror!.... Dios mio! ¡Huye, Julio, huye, mientras te queda un momento. Toma mis joyas, mis billetes... sálvate, y salva asi la vida de tu pobre Margarita!... Vé lejos, y á la menor indicacion tuya, yo vendré á reunirme á cualquier punto donde tu me llames. ¡Huye, huye por Dios!... (*Oyense tres hondas campanadas*).

Jul. Margarita...! ya es tarde!... ¿Oyes esos aterradores toques de una campana?...Es la señal de que se ha fugado un hombre de su condena...

Mar. Cielos...! ya no hay remedio!... la muerte!...

ESCENA V.

Los mismos, **Renard**, despues soldados y un capitan.

Ren. (*Entrando por la puerta del fondo*). Aquí esta. (*aparte.*) Señor Julio, todo lo he oido y os vengo á participar que aun queda una puerta abierta para vuestra salvacion. Os hallais en lo mas resbaladizo del abismo que teneis ante vuestros pies, pero si os place podeis hacer que este abismo se convierta en la primera grada del mas brillante porvenir.

Jul. ¿Porqué me hablais así, señor gobernador?

Ren. Para salvaros. A este objeto os he seguido desde la Bastilla, pues que tenia anticipadamente conocimiento de vuestras intenciones.

Jul. ¿Vos?

Ren. Si; yo que os sigo, y no os escapareis de mí; pero sabedlo, es con la esperanza de salvaros; de daros un brillante porvenir.

Jul. No os entiendo, ni quiero entenderos.

Ren. Me esplicaré de una vez: soy un hombre que me he con-

dolido siempre de que emplearais tan mal vuestros talentos. Cuando fuisteis elevado al parlamento, yo os hubiera podido arrojar de allí con una sola palabra; pero no quise hacerlo con la esperanza de que entrarias en buen camino tarde ó temprano y os manifestariais con deseos de obtener un nombre...

Jul. Y sin embargo, señor gobernador, mi comportamiento ha sido otro.

Ren. ¿No intentais saber vuestro nombre?

Jul. Nunca!

Ren. Entonces, os son inútiles unos papeles que teneis en vuestro poder y que os entregó un hombre del pueblo. Dádmelos, y habreis hecho mucho en vuestro favor.

Jul. ¿Y qué intentais hacer con ellos? ¿cuáles son vuestras intenciones?

Ren. Arrojarlos al fuego como hicisteis vos con los demás.

Jul. ¡Para que no exista ya ni una prueba que pueda abochornar á los que me dieron el sér! Bien; para nada necesito yo estos papeles, pues estoy resuelto á sobrellevar el nombre de «Julio el bastardo...»

Ren. Luego inscribireis vuestro nombre en una lista.

Jul. ¡Mi nombre! ¿y para qué?

Ren. Para asegurarnos de vos y poder hacer constar que habeis abdicado de vuestras erróneas ideas...

Jul. Señor gobernador... eso nunca.

Ren. Ved que hablando así os perdeis, que estais todavía en mi poder, que no hubierais salido de la Bastilla sin mi voluntad y... sobre todo, si no estuviera tan cerca el término de vuestra condena.... ¿me entendeis?

Jul. ¡Traidor!

Ren. Puesto en libertad, os hubiéramos tenido de nuevo por enemigo. Pero si cumplís ciertos requisitos que yo os propongo... vuestra firma me será la mas fuerte garantía...

Jul. Miserable! No me insulteis mas.

Ren. Ved, pues, lo que os resta hacer. Firmad este papel, (*enseñándole uno que se sacará de la cartera*) dadme los que

os reclamo y quedais en libertad: yo os prometo mi proteccion... y Margarita os dará su mano.

Jul. Callad, mónstruo, no hableis de Margarita; vuestros labios son indignos.

Ren. ¿No pensais que tambien ella se halla en mi poder?

Jul. ¿Qué intentais?

Ren. ¿Olvidais que se la puede acusar de adúltera?...

Mar. Cielos santos! qué dice este hombre!

Ren. ¿Y de parricida?

Jul. Margarita, este hombre está loco... Señor Gobernador, tened entendido que vuestros insultos solo me merecen el mayor desprecio; que podeis dar gracias á Dios si no me he arrojado ya como una fiera sobre vuestro cuello.

Ren. Me causais compasion...!

Jul. Vos á mi, ódio. (*tocando la campana de la Bastilla*).

Ren. Acabemos: en la Bastilla reclaman un presidario, y este sois vos...

Jul Aquí me teneis; partamos!...

Ren. Conque... no estipulamos nada...?

Jul. En la Bastilla reclaman un prófugo!...

Mar. Socorro! mis criados...!

Ren. No intenteis nada, señora, todo es inútil: solo os pido que tengais presente esta escena para cuando convenga... miradlo bien... «La esposa Margarita junto al presidiario Julio, prófugo de la Bastilla... El caballero Roberto esposo, exánime al lado de estos..... El presidario se halla á poca distancia de un ancho puñal...»

Jul. Hombre vil!...

Mar. Perdon, señor Gobernador, perdon!

Ren. Ya es tarde... Ola, mis guardias! (*sale de la escena llamando á los guardias*).

Mar. Ay! socorro! socorro! Julio mio...!

Jul. Adios.... Margarita..... llora mi muerte..... inevitable..... adios..!

Mar. (*arrojándose en sus brazos*). Julio, no, no...

ESCENA VI.

Los mismos y **Tom**, que sale precipitadamente.

Tom. Señor, aun es tiempo; acordaos de la librería; pronto, pronto... huid...!

Mar. Huye, Julio, huye...

Jul. Huir!... ¡gran Dios...!

Tom. Pronto... huid...

Jul. Sea pues!... Adios, Margarita! Adios!... Ruega por mí!... (*la abraza*).

Tom. El Angel de la guarda os acompañe!... (*vase Julio*).

Mar. Adios!...

Tom. Ya se ha salvado...!

ESCENA VII.

Los mismos, el **Gobernador y soldados.**

Ren. Prender al asesino...! (*reparando en su ausencia*) Infierno! ¿dónde se halla? Señora, vos me respondereis de él (*Toca la campana de la Bastilla*). Ya lo oís!..... Se reclama un prófugo, y vos le ocultais... Ola, mis guardias! registrad la casa... Señora, decid ¿dónde se halla?... ¿Callais?

Mar. El cielo le haya salvado!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon magnificamente adornado en la casa de Melviore; puerta al fondo, una á la derecha del escenario y otra á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

Tom y **Dolores**, (camarera).

Tom. ¿Ya habeis entrado en la capilla y lo habeis dispuesto todo, de modo que la señora no pueda echar nada á menos?

Dolores. Ya sabeis que de esto no me olvido nunca. No me perdonaria yo misma lo contrario, y aun que su razon, infeliz, no es muy clara que digamos...

Tom. Apropósito de su razon. ¿Sabes que de algunos dias á esta parte noto en ella algo de particular?

Dol. Dios lo haga, siempre que sea en sentido favorable; si bien que por mi cuenta, no dejo de haber notado tambien algo...

Tom. ¿Tambien tú? Me alegro mucho; así no será tan fácil que me haya equivocado. Y ¿qué has notado?

Dol. El otro dia al pasar junto á su lado oí que murmuraba algunas palabras.

Tom. Precisamente lo mismo he observado yo. Despues de tanto tiempo de no haberla oido desplegar sus labios, no deja de ser una novedad.

Dol. ¿Y no lo habeis comunicado todavía al Marqués Melviore?

Tom. No; pero á la primera ocasion cumpliré con mi deber.

Dol. Yo tambien. El Sr. Marqués es inexorable cuando se trata del cumplimiento de nuestro servicio con respecto á la señora.

Tom. Ciertamente. El amo no quiere desperdiciar el menor in-

cidente á fin de procurar el restablecimiento de su calma y razon.

Dol. ¡Pobre señora! ¡nos tiene á todos tan afligidos!...

Tom. Ha pasado por tantas vicisitudes, que seria preciso tener un corazon de piedra para no compadecerla.

Dol. Efectivamente... Pero, calle... si no me engaño, por los corredores de la derecha se dirigen hácia aquí el señor Marqués y su amigo el Gobernador.

Tom. Marchémonos, pues.

ESCENA II.

Melviore y Renard.

Melviore. Ya veis, amigo Renard, á qué estado han llegado las cosas. Los timbres de mi casa se hallan empañados por la mas negra desbonra; los Melviores, de hoy mas, serán mirados con desprecio, y no podrán presentarse como un dechado de nobleza... Toda la culpa la tiene ese bastardo.

Renard. O mejor direis nuestra fatalidad. Solo la mano de vuestra sobrina hubiera podido salvarnos á todos.

Mel. Enhorabuena: ya se la hubiera concedido.

Ren. Demasiado tarde por desgracia.

Mel. Yo no podia creer que se sospecharan pruebas de su orígen, y que este fuese de sangre noble...

Ren. Y muy noble, amigo mio. Apropósito, voy á hablaros de cierta historia referente á algunos años atrás, que tuvo preocupados á algunos nobles, muy jóvenes en aquella época, y que en la actualidad hay muy pocos que nos acordemos de ella.

Mel. Contádmela si tiene relacion con los hechos que nos tienen tan afligidos.

Ren. Sí; tienen alguna... Tomemos asiento, Marqués. (*sentándose*). Las mocedades de nuestro actual monarca fueron muy fecundas en acontecimientos graves y novelescos. El

carácter intrépido del que entonces era solo el Delfin de la Francia; la elevacion de sus ideas y talento; lo despreocupado de su porte, y otras mil circunstancias que nunca le han abandonado, le proporcionaron como simple galan ó caballero, lances que posteriormente han dado pié á muchas anécdotas curiosas é interesantes. Una de ellas, la que dió mas que pensar á algunos cortesanos, fué la referente á ciertos amores con una jardinera de su corte, tan vehementes, que si mas tarde le hubiera sido posible, los hubiera consagrado bajo el manto real. Pero la política, que en esta clase de negocios no opinaba como el Delfin, lo previno á tiempo, é hizo que la aldeana desapareciese de la escena...

Mel. Gran Dios!

Ren. La política, en esto, solo lograba la mitad de su objeto; pues los amores del amante habian echado hondas raices, y aun desapareciendo la aldeana, quedaba representada por otro ser; pues ese amor dió su fruto..... y nuestro Delfin era padre...

Mel. Cielos!...

Ren. Bien... ya me comprendeis. Pero mas tarde, quiso la fatalidad que su hijo desapareciese tambien; precisamente pocos dias antes del advenimiento al trono del que ahora es nuestro rey.

Mel. Oh!...

Ren. No os admireis. Era muy natural, segun la lógica palaciega, que el hijo siguiese igual suerte que la madre... Los mismos motivos, iguales efectos.

Mel. Pero...

Ren. Dejadme continuar. Algun tiempo despues, y apenas el jóven padre se engalanó con el cetro y la púrpura, una de sus primeras disposiciones fué descubrir y castigar á los autores de lo que él llamaba un crímen. En cuanto á la aldeana, poco tardó en descubrir su tumba... pero de su hijo solo supo que no habia muerto; nada mas. Concretó

entonces todos sus esfuerzos para inquirir su paradero; ofreció dádivas de consideracion al que lo descubriese, títulos, dignidades... pero, todo en vano.

Mel. Pero... este niño...

Ren. Este niño á quien algunos nunca han perdido de vista, ha sido el norte de muchas esperanzas: sin embargo, ha habido ocasiones que se ha desesperanzado completamente de él, porque sus ideas á la verdad no ofrecen ninguna garantía.

Mel. Ya lo comprendo todo.

Ren. Mas bien decid... ya lo recuerdo todo.

Mel. Bien, sí, sí; pero qué remedio queda?...

Ren. Preguntad antes qué peligro corremos. ¿Nó sabeis que Julio guarda en su poder unos papeles que le aclaran su orígen, y un retrato, el que no me queda duda es de la aldeana su madre?

Mel. Entonces, es preciso hallarle; es preciso que muera.

Ren. Meditad bien lo que decís... Y estos papeles, cuyo contenido desprecia por nuestra suerte, ¿se los llevará consigo á la tumba? Si al cortar su cabeza se rasgaran aquellos papeles, no tardariais en oir rechinar la cuchilla del verdugo... pero ¿y si le sobreviven? si se encuentran estos papeles...?

Mel. Oh! segun esto, ya sabeis su paradero?...

Ren. Sí, y se halla ya sentenciado á muerte por homicida..... Yo he provocado esta sentencia, creyendo que en presencia del cadalso ablandaria su voluntad de hierro y me daria estos papeles... pero ¿y si me engaño como hasta ahora?

Mel. Infierno! ¿qué hacer pues? dónde encontrar un remedio...?

Ren. Dónde...? oid: en Margarita, vuestra sobrina y pupila.

Mel. En la loca!... ah! señor Gobernador, ¿qué decís?...

Ren. Sí, solo en la loca tenemos una esperanza...

ESCENA III.

Los mismos y **Margarita** que entra vestida de negro, con los ojos fijos en un ramo de flores que lleva en sus manos; pálida y los cabellos caidos sobre los hombros; anda despacio y demostrando una completa enagenacion mental.

Melviore. (*reparando en ella*). Ahí la teneis!
(*levantándose* y *haciéndose á un lado*).

Renard. ¡ Cielos !... que aspecto...!

Margarita. (*despues de un rato de silencio*) ¿«No es verdad, me decia, que no te harás esperar mucho?... La vida no tiene ningun atractivo para nuestras almas oprimidas!!...» Ah! esta voz que resuena aun en mi corazon, me dice.... ingrata ! falsa !..... Oh ! no, no, Julio, no tengas celos....! Tu, allí arriba lees en el fondo de mi conciencia... Pero calle!... (*haciendo como que escucha.*) eso no es verdad!...Julio no ha muerto... la campana...nanch!...nanch!.. nanch!... (*remedando la que se oyó en el acto anterior*). Oh! ha huido!... (*con alegria*) Sí, sí, ha huido. (*Deja caer su frente entre sus manos*). ¡Gracias, Dios mio!...

Mel. Ya veis, amigo, en qué estado la encontramos.

Mar. Julio, Julio! (*con serenidad*) bella es la noche que se pasa sin mas techumbre que esa multitud de estrellas del cielo; sin mas testigos que la brisa que susurra en la arboleda; oyendo el murmurío de la fuente... Ah!... acércate mas, Julio; tu mano, tu mano... bien; no me sueltes, asi.. mas... basta... basta! ¡cuán dulce es este transporte de felicidad!... Alli el festin, aquí el amor puro... allí rien, las carcajadas se suceden... aquí se goza toda la intensidad de... de... ¡ah! no me sueltes, Julio!... Ay! (*cambiando de tono*) ¿ estás aquí ? ¿ eres tú ?... ¡ qué arrojo ! yo que te creia tan lejos !... ¡ que cosas me han pasado si supieras..! (*repite las campanadas con mucha afectacion*) Nanch!.. nanch !... nanch !... ¿ La campana de la muerte ahora?... ¡vaya, que no viene al caso! Julio, tu mano, (*tentando por el*

espacio) tu brazo, y volvamos al salon!... Calle !... ¿ huyes de mí ? Julio. (*dando con el brazo de Melviore*) Ah! ya te hallo...! gracias, Dios mio !

Mel. Pobre niña !

Mar. Me amas ?...

Mel. Margarita...

Mar. Repítemelo ; pero no asi tan lánguido. ¡Ay! tus manos están frias tambien... No! (*arrojándole la mano*) tu no eres Julio!... tu eres aquella nube que me circuye por do quiera y me tiene presa... y... y no puedo rasgar nunca. (*haciendo esfuerzos como para desvanecerse.*) ¡Maldita sombra!!

Mel. Margarita !

Mar. Si... Margarita me llamo... Margarita de... mi apellido.... Ah! tu no tienes apellido, Julio; te llaman Julio el Bastardo... como dice mi tutor. ¡ Mi tutor! qué cruel! que impío es mi tutor!... ¡Pero calle! tocan una campana... ¡ay! vamos al oratorio á rogar por Julio, de quien reclama el verdugo la cabeza... ¡Adios, nube del mal! no entres mientras esté en oracion!... (*vase con paso incierto por la puerta del oratorio*).

ESCENA IV.

Melviore y Renard.

Melviore. Si es en esto en todo lo que podemos cifrar nuestras esperanzas, confesad Renard que la suerte no nos es muy propicia.

Renard. Ciertamente.

Mel. Horroroso , desgarrador es el estado de esta infeliz víctima.

Ren. Sin embargo , en esta muger jugamos el todo por el todo de nuestras cabezas.

Mel. ¿Teneis alguna esperanza todavía?

Ren. Sí.

Mel. Hablad.

Ren. Es preciso que Margarita firme sin tardanza una carta que yo dictaré para Julio, si lo logramos mucho será que nos perdemos con ella.

Mel. Nada mas fácil que obligarla, pero esta carta; que misterio puede encerrar...?

Ren. Habeis olvidado que el corazon de Julio es aun preso del amor mas intenso? Cuando las pasiones dominan al hombre, la razon no es fria, es ciega, y no delibera. Cuando la muger que amamos nos suplica no hay poder para denegarnos. Pues bien, ¿creeis que si Margarita suplica á Julio tener una memoria suya se la negará?

Mel. Y le pedirá...?

Ren. Los deseados papeles.

Mel. Y ¿así conseguiremos nuestro objeto? no pensais si sospechará...?

Ren. Esto depende del lenguage que empleemos en la carta y de lo que me encargo yo.

Mel. Podemos proceder, pues, inmediatamente á su escritura.

Ren. Vamos á vuestro gabinete.

Mel. Pronto.

ESCENA V.

Los mismos, y **David**.

David. Deteneos, señores.

Melvior. El cielo os guarde, amigo David. ¿Vos en mi casa, á estas horas?

Renard. ¿Hay alguna novedad?

Dav. Acabo de saber que el pueblo trata de promover una asonada en favor de Julio que se sospecha hallarse en Paris...

Mel. ¿Una azonada?

Ren. No lo dudeis... Yo mismo la he preparado y dispuesto.

Esta tarde á la hora de salir el Rey á paseo ; en vez de victorear á su magestad se darán gritos de viva Julio.

Dav. ¿Que decís?

Ren. Trato así de exasperar el rey contra ese hombre que al parecer le infunda respeto ó simpatías.

Dav. Soberbio plan!...

Ren. Algunas turbas de ilusos con este motivo tendrán ocasion de hacerse acuchillar por mis arcabuceros.

Dav. Magnífico... Y asi tendreis ocasion de levantar mas alto el cadalso cuando caiga en nuestro poder. Oh! los nobles, señor gobernador, no podemos menos de estaros muy agradecidos y de admirar vuestros profundos conocimientos. ¡Que lastima que nuestro monarca no se os parezca...!

Ren. Vaya... caballero David!...

Dav. Pero en cambio vos sois el verdadero rey de Paris.

Mel. Dios le conserve en su destino!...

ESCENA VI.

Los mismos y un **embozado**.

El embozado. El señor gobernador de la Bastilla?...

Ren. ¿Quién me llama? yo soy.

El emb. Este pliego para vos.

Ren. (*leyendo*) «Orden de reunir á todos los nobles al servicio de las armas, pues se teme una azonada, y os hago á vos responsable de ella con la cabeza si no tratais con el mayor rigor á los que se subleven.—El rey.» Bravo. Enterado (*volviéndose al embozado*).

El emb. ¿El marqués Melviore?...

Mel. Yo soy.

El emb. Este pliego para vos.

Mel. Venga.

El emb. ¿El caballero David?...

Dav. ¿Tambien á mí; qué se ofrece?

El emb. Para vos. (*dándole un pliego*).

Dav. Corriente. (*lo toma*) ¿teneis muchas otras esquelas que repartir, enlutado?

El emb. Adios. (*vase*).

Ren. ¿Son órdenes tambien del rey?

Dav. A mí me manda ponerme ~~á la hora de la ejecucion del reo~~ desde esta noche á la disposicion del señor gobernador de la Bastilla.

Mel. Lo mismo á mí, y me lo dice en términos irrevocables.

Dav. Todo esto indica que el monarca lleva en cuenta los rumores de asonada y que tiene buenos emisarios secretos. Todo va bien. Señores; yo parto á esplotar el ánimo de la poblacion y á que cunda la voz desde luego.

Ren. Y nosotros á escribir entretanto algunas líneas....

Dav. Muy bien, muy bien; promoved tumulto; haced que grite mucho el pueblo...

Mel. Adios caballero David.

Ren. Vamos á vuestro gabinete, y en seguida á la Bastilla. Adios, señores.

ESCENA VII.

Vuelve á salir el **embozado**; luego **Tom**.

El embozado. Bien ya estoy solo. Todos han desaparecido contentos. ¡Miserables! Pero es preciso que ande listo..... el tiempo vuela y me resta mucho que hacer. A ver; llamemos: ¡Tom... criados! (*llamando*).

Tom. ¿Quién mé llama? Caballero!... ¡podré saber á quien tengo el honor de hablar.

El emb. Nada te importa. Escucha y toma para que me respondas pronto y lacónicamente (*le da un bolsillo*).

Tom. Señor; no podrá menos de ser así si me obligais de tan buena ley...

El emb. Fuera preámbulos y dime ¿donde está Margarita?

Tom. ¡Pobre señora! está loca.

El emb. No te pregunto esto; si lo está, en gran parte tienes tu

la culpa: pregunto donde se halla.

Tom. Aquí en su oratorio.

El emb. ¿Es decir que Margarita recorre libremente la casa y no se la sujeta de ningun modo?

Tom. ¡Vaya! La señora, aun que infeliz, haya perdido la razon, es cuerda en sus ademanes y acciones y nadie se atreveria á privarla de libertad, en lo mas mínimo.

El emb. Bien, pues. Escucha ahora con detencion lo que voy á decirte: dentro un momento comparecerá un embozado.

Tom. ¡Cómo!

El emb. Pedirá por Margarita y le indicarás el punto donde se halla; dejarás que la hable.

Tom. Pero señor y este embozado... sin conocerle...

El emb. ¿Y me conoces á mí por ventura?

Tom. No señor, pero...

El emb. Pero ¿qué? acabemos, bribon.

Tom. Ah! señor, no os enojeis, no... por tan poca cosa... que venga, que venga el embozado.

El emb. ¿Convienes?

Tom. Siendo tales vuestros deseos...

El emb. Corriente: adios. (*vase*).

ESCENA VIII.

Tom, solo.

Vaya una cosa mas rara! vendrá un embozado, el que es preciso deje hablar con la Señora. Y me ha dado una bolsa llena de monedas!... ¡Bravo! Hace cosa de algunos años, desde que entré al servicio de la aristocracia que me voy enriqueciendo... Buen oficio es el mio. Verdad es, que para semejante servicio es preciso que en ciertos casos uno arriesgue el pellejo... pero ¡qué diantre!... Mas ¡calle!... ¿quién se acerca?... oigo pasos.

ESCENA IX.

Julio (desfigurado) y **Tom.**

Tom. Ah! el embozado!... Caballero ¿ sois vos?
Jul. Sí, yo soy.
Tom. ¿El qué?...
Jul. El mismo... Ya os podeis retirar.
Tom. Pero...
Jul. Ah! tienes razon; se me olvidada: tomad. (*le da una bolsa con dinero*).
Tom. Caballero, no es esto lo que yo queria decir... pero en fin. (*tomándola*).
Jul. Entonces....
Tom. Nada, ya os podeis quedar solo ahora.
Jul. ¿Y Margarita?
Tom. Aquí en su oratorio. Quedad con Dios. ¡Qué hombre mas lacónico! (*vase*).

ESCENA X.

Julio solo, luego **Margarita**.

Julio. ¡Aquí, en su oratorio! pobre Margarita! Y bien, Julio, ¿qué has adelantado con este fatal logro? ¿acercarte por un momento á aquella muger cuyo aliento era tu vida?... Ay! debia hacerlo, Dios mio, porque dentro un momento todo habrá concluido para mi... Mi permanencia en Paris está descubierta, se me persigue de cerca; y el gobernador, el pérfido gobernador, no podrá menos de alcanzarme... Oh! bien; que venga!... impasible me hallará. ¿Para que quiere la vida el hombre que lo ha perdido todo?... Pero morir!... servir de terror sobre las tablas de un cadalso á un inmenso con-

curso. ¡Vamos corazon! no te reveles contra la marcha natural de las cosas... justo es el naufragio... entre poco todo habrá concluido para mí... ¡y la corriente seguirá su curso...! Pero, y ese ángel, (*señalando al oratorio*) ¿sequirá con migo á la nada? Sí... porque tambien las pasiones matan como el pensamiento; como el genio!... ¡Pobre Margarita; pobre Margarita! (*sigue un buen rato de silencio durante el que Julio aparenta el mayor dolor: en esto ábrense las puertas del oratorio y aparece Margarita con un ramo de flores en la mano que irá deshojando con calma y tristeza*).

Mar. Volad, volad, tristes flores sobre su tumba... yo tambien debo acompañaros y con vosotros debo velar su sueño... vamos..... y ¿ vosotros , no venís? (*á las que habrá ya al suelo*) ah! ¿quereis entapizar la carrera?... Bien; gracias pobres flores!... (*sigue deshojándolas y marcha hácia la puerta del fondo*). Pero ¿quién me llamaba hace un momento aquí? Oí una voz profunda que decia... Margarita! pobre Margarita...! Ya sé... era la voz de Julio desde el fondo del sepulcro.

Jul. Dios mio... qué horror...!

Mar. ¿No oís, flores?... ya venimos... Vamos, vamos. (*Julio se la interpone y cogiéndole la mano se la vesa al tiempo de esclamar con dolor*).

Jul. Margarita!...

Mar. (*sin sorpresa*) Dejadme estar, buen hombre! voy á orar por él... No; voy á conversar con él.

Jul. Infeliz... ¿no me conoces?

Mar. Yo no conozco á nadie; no!

Jul. ¿Ni esta voz que te habla ahora?...

Mar. Si no es la voz de Julio, tampoco la conozco.

Jul. La misma es, Margarita; ¡ángel mio!

Mar. ¡Qué!... ¿qué decís? Vamos, dejadme estar... estas flores en mis manos se marchitan: son para Julio...

Jul. Nó; Julio no ha muerto; aun viene á darte el último adios... Mírame, reconóceme...

Mar. ¿Julio vos? Este rostro desencajado; estas miradas horribles, estas manos frias y este aspecto tan repugnante... Vamos buen hombre; dejadme pasar...

Jul. Pero ¿dónde vais...?

Mar. A la mansion de la muerte y del silencio... Se acabó. No me lastimeis las manos.

Jul. (*con dolorosa reflexion*) Tiene razon... Y ¿para qué? para empeñarme á que me reconozca y sufra de nuevo el dolor de mi muerte... ¡No, loca, no: no vuelvas á la lucidez! Déjame solo contemplar tu rostro marchito por la fiebre de tu cérebro y de tu corazon, y despedirme así del frágil vaso que han carcomido y aniquilado.

Mar. ¿Cuando llegarémos á su tumba, flores?

Jul. No tardarás mucho en dar con ella. Mañana un cadáver se hallará á la espectacion pública sobre las tablas de un cadalso... Oh! que horrible sueño habrá sido el sueño de mi vida. Pero ¿qué me importa, si ha muerto ya para mí lo único que amaba en la tierra?

Mar. Cuan largo es el camino, y... cuanto mas tardo, va apoderándose de mí un sudor glacial, una debilidad estramada y mi vista se perturba. (*reparando á Julio*) ¿Todavía estais aquí buen hombre? me seguís? quereis acompañarme?

Jul. Sí, Margarita; te quiero acompañar.

Mar. Vos?

Jul. Si: donde quiera que vayas...

Mar. Al sepulcro de mí Julio!...

Jul. ¿Os amariais mucho los dos, es cierto?

Mar. Ay!... si nos amábamos...!

Jul. Su pérdida, te habrá causado un dolor muy vivo y ahora deberás sufrir mucho?

Mar. Sí!... No!...Sí, si, sufro mucho, buen hombre!...

Jul. Yo tambien lloro la pérdida de mi amada.

Mar. ¡Cómo! ¿vos habeis amado?... Callad.... no lo digais á nadie porque os condenarian...

Jul. Es que ya lo estoy.

Mar. Infeliz!... y que espantoso delito es el amar...!

Jul. Ciertamente. Pero que dulce y hermosa pasan la vida dos seres que se aman, cuando aun para ellos no ha sonado la hora de la espiacion. Yo recuerdo dias muy placenteros; noches pasadas debajo de un docel de madreselvas y jazmines, cerca la fuente y escuchando el rumor cariñoso de las auras, del follage de la arboleda... Recuerdo...

Mar. Yo tambien he pasado noches deliciosas como estas... solo que en el fondo del jardin habia muchas luces; mas allá una galería; se oia la atolondradora música de un baile; recorrian muchas máscaras...

Jul. Pero las que yo sobre todo recuerdo, es una en que estrechando la mano de mi amada en vivos transportes de felicidad esclamaba «yo te amo.»

Mar. Y ella contestaba «yo te amo tambien.»

Jul. Sí, sí; y era verdad... Nos amabamos mucho.

Mar. Y ¿ha muerto vuestra amada? ¡dichosa ella!

Jul. No; no ha muerto todavía, pero la ingrata no quiere reconocerme. Me ve en su presencia, la hablo; mira estas lágrimas que surcan por mis megillas, pero nada...

Mar. Ingrata...!

Jul. Sí, muy ingrata!

Mar. O tal vez muy desgraciada; porque á veces, la fuerza... las circunstancias.

Jul. Hé aquí lo único que puede hacer que mi Margarita me desconozca en este momento. Pero acabemos; el tiempo vuela Margarita: Julio viene á darte el último ósculo de amor... ¡Margarita!

Mar. Calla! llorais y me haceis llorar tambien á mí!

Jul. Infeliz! (*besándole la mano*).

Mar. ¿Qué haceis buen hombre? ¡que sudor inunda mi rostro; vuestros labios me abrasan... me siento trémula y convulsiva... Pronto: huid de mi; dejadme dejadme...

Jul. Margarita!...

Mar. Id á llorar la pérdida de vuestro amor, y dejadme llorar en paz la pérdida del mio...

Jul. Dios eterno! (*aparte*) ¿porqué habeis de ser tan severo que no volvais á la razon á ese ángel por un solo momento?

Mar. Ay! buen hombre, ¡qué horribles recuerdos habeis llevado á mi imaginacion! Yo no sé lo que me pasa; sueño... Ese vertigo que me domina...

Jul. Es la lucha de vuestra alma sublime y amante, con la materia ruin y enferma... Pero, un esfuerzo mas, Margarita, y el sueño se desvanecerá.

Mar. Qué zumbido en mis oidos...! qué palpitaciones...! qué espectros... y que recuerdos...!

Jul. Sí, sí, recuerda; recuerda algo.

Mar. Es que el cerebro se me abrasa...! Ay! ¡no vengais á mí, memorias funestas, que me desgarrais el alma...! no...!

Jul. Al contrario... recuerda, recuerda...!

Mar. No puedo...! (*Echándose sobre su brazo*).

Jul. Margarita, un esfuerzo mas...

Mar. Nada... ¡no hay nada! (*queda inmóvil por algun tiempo, durante el que Julio la contempla con el mayor dolor*).

Jul. ¿No puedes..? Bien, pues, sueña.... porque estas lágrimas que corren sin apercibirlas por tus megillas se convertirian en gotas de fuego que harian tu tormento imponderable.... Sueña, pobre muger!... pobre loca!... (*tocan la campana*).

Mar. Silencio!... Era una noche tempestuosa... «Olvidais que os puedo acusar de adultera? decia el pérfido Renard..... tened presente esta escena para cuando convenga, miradla bien: la esposa Margarita junto al presidario Julio, prófugo de la Bastilla; el marido de esta exánime entre los dos. El presidario lleva un ancho puñal en el cinto...»

Jul ¡Qué horror!

Mar. Sí, sí, y entre tanto la campana... ¡Nanch!... nanch!... nanch...! ¿Pero cuando era esto? memoria, ayúdame..... ¡Buen hombre, ayudadme vos...!

Jul. No hace mucho tiempo, Margarita.

Mar. Cómo, no!... sí, si hace mucho tiempo, mucho...!

Jul. Recuérdalo bien.

Mar. Pobre Julio! porqué habia de morir tan jóven?

Jul. Es que Julio no ha muerto todavía; aun puedes darle el último adios, pero apresúrate porque dentro de un momento ya seria tarde... Apresúrate, Margarita; vuelve á la lucidez aun cuando sea para descender conmigo al sepulcro... ¿Me reconoces?... ¡Pronto!

Mar. Calle!... Dios mio! ¡qué velo va descorriéndose á mi vista! ¿dónde estoy? Julio no ha muerto... me habla... Pero esta frente arrugada.....estas manos temblorosas..... Julio! Julio...! ¡cuánto has sufrido tambien en esta noche de pavorosos sueños...! Pero... ¿cómo te hallas en mi casa?... qué misterio es este...? Oh!... ven á mis brazos... corre!...

Jul. Gracias, Dios mio!... (*corriendo á abrazarla*) Ya vuelve á la razon!

Mar. Cómo! ¿todo habia sido un sueño? todo?... tu prision... tu sentencia de muerte...!

Jul. Oh! Margarita!

Mar. Responde... Bien! callas?... No morirás!...

Jul. Mañana todo habrá concluido; no hay remedio: la muerte nos va á separar, y dentro un momento el verdugo reclamará ya mi cabeza.

Mar. No, no; yo volaré á arrojarme á las plantas del Rey; se lo manifestaré todo; mis lágrimas le conmoverán, y...

Jul. Y pide solo por único favor que te permitan orar sobre mi tumba.

Mar. Oh!... no! no! (*se precipita tras de Julio.*) ¡morirémos juntos!!! (*Suenan tres campanadas*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Interior de un calabozo.—Una capilla levantada à la derecha del proscenio con un crucifijo y cuatro velas.—Un banco de madera cerca el altar.—Hay un péndulo en la pared y una reja en el interior.

ESCENA PRIMERA.

Julio y un **Sacerdote.** Julio sentado en el banco estará leyendo en alta voz, y el sacerdote cerca de él le estará escuchando con aire contemplativo.

Julio. ¡La vida se pasa como la flor de los campos, no tiene mañana; dichoso el que muere con el Señor..! Vendrá el huracan de la muerte, y como el ardiente chacal que lleva en sus alas la arena de los desiertos, así se llevará las almas á juicio eterno: ¡ay del que antes habrá dejado enroscar en su alma la sierpe vil de las pasiones...! Dios es severo; pero Dios es siempre Dios, fuente de misericordias y bondades; abre sus brazos al desgraciado, enjuga el llanto del afligido, perdona al arrepentido, y, tan solamente os acordeis de Él, provocais su gracia. (*pausa*). Sea la fé, la Judit de los tiempos. La trompeta del juicio sonará, pregon de paz para el que lleva clavadas en bien sobre su corazon las espinas del dolor; pregon de castigo para el que ha atravesado el mundo en carroza de flores y diamantes, cerrado el pensamiento á aquel mas allá de la vida...! La esperanza nos nutre para la eternidad; dichoso el creyente..!

Si la envidia os acosa, dad gracias á Dios para el dia del triunfo; besad la cuchilla que ha de dividir vuestros miembros; la mano del verdugo que os ha de abrir las puertas de la eternidad... La humildad en la desgracia es ley de Dios.—No os acobarde la muerte, si morís por el pundonor; si morís por no morir á vuestros mismos ojos; si morís por la virtud... Sea la lucha gigante que la verdadera casa de Israel ya os pagará la vida con usura. (*Pausa; luego declamando*).

Sacerdote. Basta, hijo mio: no os fatigueis mas. Estais bien edificado, y si el pesar os sofoca, llorad, desahogaos y hallareis consuelo...

Jul. ¡Llorar, padre mio!... secas están las fuentes de mis ojos... No puedo!

Sac. Descansad, pues.

Jul. No cierro el libro santo por la fatiga, y sí solo porque no ignoro que los momentos son preciosos. Mirad al traves de esas rejas: tras el manto negro de esa noche santa que acabamos de pasar los dos ¿no veis allá al confin colorear el cenit...?

Sac. Si, ya amanece.

Jul. Por la última vez en mi vida...

Sac. Y bien, hijo mio; para todos ha de amanecer el último dia...Dichoso vos que moris abrazado en la religion.

Jul. Sí; muy dichoso... Pero dejando el cuidado de mi espíritu por un momento, espero que vos podais prestarme un servicio que os agradeceré, y allá en el cielo pediré os sea recompensado.

Sac. Hablad, hijo mio.

Jul. Oid: yo ignoro mi nombre; mis padres teniendo miedo de avergonzarse sin duda de mí, me abandonaron, puede decirse en la cuna. No he vituperado jamás esa accion, que, buena ó mala, Dios la habrá juzgado ya; nunca tampoco he dado el menor paso para descubrir mi orígen; sin embargo, soy poseedor de unos papeles que aclaran el misterio. Esos papeles los guardo en una cajita de metal, como

me fueron entregados por conducto estraño, y no legados por los autores de mis dias... Padre, prometedme vos hacer de esta cajita lo que yo os encargue.

Sac. Podeis hablar sin recelo: os lo prometo.

Jul. Gracias, padre mio. Id á la casa donde os designe este papel (*sacándose uno de una cartera*); en mi gabinete hallareis una librería; en el último de sus estantes vereis un cajon, dentro de aquel hay dos objetos, los únicos que me interesan ya en el mundo: el uno de ellos es el retrato de una muger, el otro es la cajita de que os hablo. Me traereis lo primero, y guardareis lo segundo hasta despues de mi muerte, en que lo arrojareis al fuego. Tal es el favor que os pido, padre.

Sac. Y ese retrato, hijo, mio ¿no temeis que os distraiga en vuestros últimos momentos?

Jul. Nó, nó; es el retrato del ángel que Dios me habia mandado por compañero. No os denegueis. Os lo suplico con las lágrimas de la agonía. Moriré santamente, si al lado de la efigie del Redentor, al lado del sacerdote, logro que su imágen me sirva de escapulario.

Sac. Hijo mio...!

Jul. Padre, por piedad!

Sac. Iré á satisfacer vuestros deseos (*vase, besándole Julio la mano*).

ESCENA II.

Julio, despues el verdugo que entra con la túnica y cadenas en las manos.

Jul. Bien... el cielo me ha deparado un amigo; moriré tranquilo. ¡Morir tranquilo!... Oh! sí, se muere tranquilo cuando se tiene libre la conciencia, y se puede preguntar á la sociedad ¿qué mal te he hecho? cuando se puede decir á nuestros enemigos ¿porqué me asesinais? pero, Dios mio! y no puedo yo preguntaros á vos tambien ¿porqué lo consentís, porqué el mal triunfa?... Perdon, Señor, perdonad mi dolor... Sé que la vida es un sueño, y que vos sois

su término, que las espinas de la tierra son las gradas para subir á vuestro seno, y pues me deparais este horrible monton á cuyo término no he llegado todavía... cúmplase vuestra voluntad y acabe en bien... No escudriñe el hombre el movil de vuestro brazo, los arcanos de vuestro poder...

El verdugo. Hermano...!

Jul. Quién es?... (*volviéndose con violencia*).

El verd. Perdonad...

Jul. El verdugo!... ¡Oh! que horror!

El verd. Señor, los deberes que me imponen el cumplimiento de mi oficio...

Jul. ¿Bien qué me quereis?... (*con tristeza*) ¿Ha llegado la hora?

El verd. Todavía no; pero antes... meras formalidades...

Jul. ¡Cómo! ¿me quereis cargar de grillos? Oh!... la túnica! (*con espanto*).

El verd. A pesar mio, señor! No olvideis que yo solo soy un instrumento de la ley, y que no soy yo quien os causo el daño.

Jul. Acabad... Yo mismo me vestiré este ignominioso trage. (*se adelanta para ir á cojer la túnica*).

El verd. Sí, valor, hermano mio; os lo aconsejo.

Jul. Limitaos á vuestra obligacion. (*El verdugo le prepara la túnica, va á cogerla, y retrocediendo espantado dice*) ¡Gran Dios! No, no; yo no soy un reo; no soy un homicida... yo no quiero morir. ¡Fuera, verdugo!

ESCENA III.

Los mismos y el **Gobernador**.

Renard. (*que habrá ido entrando despacio, se hallará detras de Julio cuando sus últimas palabras para decirle.*) ¿Os quereis salvar?

Jul. (*sobrecogido, le mirará con desprecio, y despues de una buena pausa, contestará*). No!

Ren. Pues... cumplid con vuestra obligacion, verdugo...

(*Julio se abalanza con ligereza hacia la túnica y se la viste con precipitacion*).

Jul ¿ Cuánto tiempo me resta todavía ? (*con serenidad*)

El verd. Media hora escasa, señor, mirad. (*enseñándole un péndulo que habrá arrimado á la pared*).

Jul. Y durante este tiempo ¿ hay algunas formalidades mas que cumplir ?

El verd. Hasta la hora precisa, solo los sacerdotes tienen ya que ver con vos. (*le pone unos grillos en los pies*).

Jul. Bien está.

El verd. Hasta despues...

Jul. El cielo os guarde (*vase el verdugo*).

Ren. (*Despues de un rato de silencio se acercará á Julio y le dirá con pausa y tocándole por el hombro*).—Con que, ¿ nó os quereis salvar ?

Jul. (*sobrecogido*) Si sois vos quien me lo ofrece, ya os lo he dicho!

Ren. ¿ Y si vuestra Margarita fuese quien teniendo la llave de vuestra salvacion os lo suplicara ?

Jul. Eso es imposible, y vos sois un impostor.

Ren. Vamos, señor Julio, moderaos; ¿conoceis su letra ?... ¿es algo parecida á la presente ? (*enseñándole una carta*).

Jul. Si; pero eso nada significa.

Ren. Que no significa nada decís...? Es de su propio puño y va dirigida á vos.

Jul. A mi...?

Ren. Si: leedla, leedla...

Jul. No.

Ren. Entonces, os la leeré yo; oid: (*leyendo*) Querido Julio: no desoigas la voz de tu amada en estos instantes supremos en que hay ya un cadalso levantado para tí y un sepulcro abierto para tu pobre Margarita, cuando todo esto puede desaparecer á una palabra tuya, pero que ha de ser pronunciada cuanto antes, al instante...

Jul. No prosigais, señor gobernador; ya adivino lo que sigue.

Ren. Lo adivinais ? entonces, tomadla y ved si necesitais recado

de escribir. (*le da la carta*)

Jul. Señor gobernador, seamos francos: ¿para qué necesitais esos papeles, que á toda costa tratais de arrebatarme?

Ren. Para muy poca cosa; para salirme de una duda.

Jul. A mano habeis hallado una contestacion digna de vos.

Ren. ¡Me exigís que sea franco!...

Jul. Si, y me manifestais claramente no quererlo ser.... Bien; pero, ¿obraría yo con justicia, si entregándoos los papeles, comprara mi vida con la deshonra ó desgracia de mis propios padres, tal vez, ó de alguna otra calamidad? Es preciso confesar, ya que nos hablamos con franqueza, que de un pérfido corazon como el vuestro, no se debe esperar que la honra presida sus acciones.

Ren. Poneos en razon, buen Julio, y entendámonos. Esos papeles dicen ser la esplicacion de vuestro orígen, vos siempre habeis desechado penetrar este secreto, porque en verdad poco deberiais sacar en saberlo, cuando la accion de abandonaros, prueba el poco amor que vuestros padres os tuvieron, y siendo asi ¿que interés teneis en guardarlos?

Jul. Ninguno.

Ren. Ponedlos pues en mi poder.

Jul. ¿Para qué?

Ren. Para quemarlos en vuestra presencia...

Jul. Quemarlos vos?

Ren. Sí; por mis propias manos.

Jul. Y ¿quién me asegura que al estar aquellos en vuestro poder, no mudareis de pensamiento?

Ren. Yo os lo aseguro por mi honor; por cuanto soy...!

Jul. (*con sarcasmo*) Ja! ja! ja!...

Ren. Os burlais? no quereis haceros cargo de vuestra posicion, y no quereis salvaros?

Jul. No, no, no, habeis determinado mi muerte, y qué quereis? presumo que los tales papeles deberian servir para alguna perfidia que ahora no me es dado penetrar.

Ren. Silencio... y acabemos! Si no quereis comprar vuestra libertad, sabed que alcanzaré vuestros papeles á la fuerza.

Serán registradas las casas de vuestros amigos; la vuestra propia será demolida y observada piedra por piedra, mueble por mueble, y ya que no puedo poneros en el potro de los pertinaces á fin de que declareis, daré órden al verdugo de que vuestra agonía sea lenta y horrorosa!...

Jul. Y todo esto lo hareis mejor que cualquiera otra cosa; asesino!

Ren. Haré mas aun: vuestra Margarita será acusada de adúltera y de complicidad en vuestro crímen, y será conducida aquí, á la Bastilla, en mi poder; ¿lo entendeis? para hacerla sufrir todos los tormentos que ahora sufrís vos.

Jul. Gobernador!... dadme una espada; Gobernador!... cerrad esta puerta!... acercaos un paso mas hácia mí, porque yo no puedo acercarme á vos..... y dareis el último aliento á mis pies!... ¡Asesinadme, bien.... pero no hagais alarde de vuestros sangrientos instintos!.. ¡Cobarde!... ¡Asesino vil!..

Ren. Ja! ja! ja!...

Jul. Sí, si; haceis bien en manifestar toda vuestra ponzoñosa hiel... Señor gobernador; ved que os insulto... ¿porqué no os arrojais sobre mi?. .

Ren. Ja! ja! ja!..... Hasta despues..... (*con mucho sarcasmo. Vase*).

ESCENA III.

Julio solo, y despues un **embozado**.

Jul. Qué horrible y nunca consabido martirio! ¿es cierto todo esto? ¿sueño acaso, ó es verdad? ¿es del enojo ese hielo que circula por mis venas, ó es del desprecio y horror de que me hallo poseido?... Corazon! corazon!... no me abandones! Pero, ¡Dios mio! yo no quiero estar solo!... Horror me causo á mi mismo. Oh! sí, sí; llamaré:—¡guardias!... verdugo! el reo no quiere estar solo..!

El embozado. Es que no estais solo, buen amigo; yo vengo á haceros un rato de compañía.

Jul. ¿Vos?..,

Emb. Yo, sí...

Jul. ¿Quién sois?

Emb. Un cualquiera.... Nada os importa.

Jul. ¿Qué me quereis?

Emb. Prestaros algun servicio, si lo necesitais.

Jul. ¿Sois algun dependiente de la Bastilla?

Emb. Como querais..... Ya os lo he dicho. Si teneis alguna esperanza de salvaros, hablad pronto.

Jul. Sin embargo que soy inocente, no tengo ninguna esperanza de salvacion.

Emb. Ved que yo puedo llegar hasta el rey.

Jul. ¿Vos?

Emb. Si teneis alguna prueba de vuestra inocencia, yo me encargo de comunicársela mientras aun hay tiempo.... ¿No respondeis?

Jul. Os lo agradezco; vuestra buena intencion me basta.

Emb. Hablad....

Jul. Decidme antes quien sois; ¿porqué os interesais tanto por mi? No es muy comun hallar amigos en la desgracia.

Emb. Soy... (*se retira á un lado al ver entrar al gobernador.*)

ESCENA IV.

Los mismos, el **Gobernador y Margarita.**

El gobernador. (*Entra acompañando de la mano á Margarita, la que viste trage negro y va cubierta con un manto del mismo color. Lleva un pergamino en su mano derecha.*)—Entrad, señora, entrad, y ved si podeis convencerle. Tiene proposiciones hechas !... (*con misterio*)

Mar. (*Con dignidad.*) Para infamarlo?...

El gober. Señora...! ruego os hagais cargo de las circunstancias...! Dejad ese tono!... (*Luego volviéndose al embozado.*) Ahora, caballero, ó quien quiera que seais, me parece muy natural que ante una dama no se resistirá vuestro embozo.

El emb. Señor gobernador, perdonad; pero yo nunca dejo de cumplir estrictamente la voluntad del rey. (*Enseñándole el pergamino.*) ¿Teneis necesidad de volver á leer su contenido?...

Ren. No os molesteis..... Lo decia.... (*aparte.*) ¡Infierno, quién será este hombre!.... (*vase. Julio se halla mientras tanto en estado de meditacion; Margarita tras él le contempla sollozando; hay un buen rato de silencio. Luego dice*)

Mar. Julio!... (*dejando oir sus sollozos.*)

Julio. ¿Quien puede llorar aquí? Ay! las lágrimas que saltan de los demás ojos desgarran el corazon; en estos instantes supremos solo las nuestras son un consuelo.... Pero, es imposible llorar cuando se hallan secos los ojos y el corazon!

Mar. Ven..... ven á mis brazos! ¡Quién sabe si revendrán aqui las fuentes de tu consuelo!...

Julio. Margarita! Margarita!... (*se arroja el uno en los brazos del otro.*)

Mar. (*con dolor.*) ¡Todo es inútil!....

Julio. No lo ignoro!....

Mar. Oye: al verme ayer separada de tí, me encaminé precipitadamente al palacio del rey. Allí pregunté por su persona, por la reina, por los ministros; pedia tu perdon en altas voces, pero todo en vano; hasta que esta mañana un buen sacerdote se ha apiadado de mí y me ha presentado á nuestra bondadosa reina. Al divisarla me he arrojado á sus plantas repitiendo las palabras de perdon! perdon! para Julio; pero un hombre desalmado me arranca de allí diciéndome con fiereza: «todo es inútil, loca»... ¡Oh! aquellas palabras han provocado un infierno en mis entrañas y hasta la reina se ha estremecido de mi llanto de fuego. Entonces le he pedido la gracia de que al menos pudiéramos morir juntos; de poderte dar un último adios... y lo he conseguido, mandando la reina que me dieran un salvo conducto en nombre del monarca, con el que pudiese llegar hasta aquí....

Julio. ¡Oh muger incomparable..!

Mar. Y aquí me tienes para morir contigo.....

Julio. ¡Que venga el verdugo ahora! aquí está mi garganta! Subiré al cadalso acompañado de un angel, y al trono de Dios, al himno de sus lágrimas y sollozos; sí, Margarita! Margarita! (*Llorando.*)

Mar. ¿Lloras?

Julio. Hallo consuelo en tus brazos...!

Mar. Bien, pues; no te arrancarán de aquí, sino dándome antes la muerte!

ESCENA V.

Los mismos y el **Sacerdote.**

Sac. ¡Lance fatal! Ella es; la reconozco. (*Mirando el retrato que lleva junto con una cajita.*)

Mar. (*Reparando en el sacerdote.*) ¡Cielos! ¿quién es este hombre? ¿á qué venís aqui?

Sac. A reconquistar la oveja, señora, que sin pensarlo tal vez, arrebatais al rebaño del Señor...

Mar. Atrás! no lo separareis de mis brazos; no!

Julio. Perdonadla, padre... ¡nos amábamos tanto!....

Sac. La compadezco; pero ¿pensais aun pertenecer al mundo?

Julio. Oh!....

Sac. Estos momentos los debeis á Dios.... Señora, doleos de él; mirad este fúnebre aparato al través de estos hierros que os circuyen, (*señalando la reja del calabozo*) y que solo aguarda una señal para poner en camino de la eternidad á este hombre; (*se oye una campanilla*) oid estas campanas implorando la caridad para el que dentro un momento será un tronco frio... (*tocan un tambor destemplado*) el toque de los fúnebres tambores, (*dan horas en un reloj*) la hora que suena.... y contestadme, señora, si tengo derecho á acercarme á este infeliz...! No; no son vuestros brazos un sostén bastante firme para él; vuestro valor no le servirá de nada.... Señora, á vuestro Julio solo le queda este abrigo.... (*desplegando su ropaje de religioso*) la Religion...!

Julio. Padre! perdonadnos....

Sac. Sí, hijo mio, sí; vén á mis brazos.

Mar. (*Al tiempo de querer Julio desasirse de ella.*) Nunca, Julio; no me abandones mientras corra por mis venas una sola gota de sangre...!

ESCENA VI.

Los mismos y el **Gobernador, David y Melviore.**

El gobernador. Acaba de dar la hora, y la comitiva está aguardando.

Sac. Ya lo oís!

Jul. Sí, padre; ya estoy dispuesto. (*suelta dolorosamente á Margarita.*)

Mar. Oh! ¿conqué me abandonas?... ¿quieres partir?... ¡No lo intentes!... ¡Atrás, tiranos!!

Jul. Margarita, dentro un momento el velo de la muerte cubrirá mis ojos!... ¡Dáme el último adios!

Mar. Tu lo quieres, Julio... lo mandas... Bien, sea... ¡Adios! pero no adios para mucho tiempo!.....

Jul. Adios!! (*luego volviéndose al capellan le dirá con mucho sentimiento*) Padre!... ¿y mi escapulario?...

Sac. Aquí lo teneis... (*sacando una caja y un retrato; mientras tanto dicen Renard y Melviore por lo bajo.*)

Ren. (Conque se decide á morir? la aristocracia pierde un enemigo; bien, pero yo no gano nada! Ya no seré ministro!...)

Mel. (Ya no tendré el favor del rey: quedo el cómplice de antes!...)

Sac. (*Entregándole la cajita y el retrato*). Aquí están las pruebas del ecsacto cumplimiento de vuestra volundad. (*deja la caja en el ara del altar y le coloca el retrato en el cuello*).

Jul. Gracias!... Ahora, acabad la obra....

El Emb. (*abalanzándose sobre la cajita*) ¡Cielos! esta caja no me es desconocida! ¿De quién es esta caja?

Jul. (*al embozado*). Mia... Ay! buen sacerdote, qué habeis hecho!... (*al sacerdote*).

El emb. ¿Vuestra? y ¿cómo la teneis en vuestro poder?

Jul. A nadie conviene saberlo.

El emb. ¿Qué contiene esta caja?

Jul. Un secreto que yo mismo ignoro, y que morirá para todos, porque á nadie mas conviene que á mi; ya os lo he dicho.

Ren. Y á mí, señores. (*abalanzándose hácia ella*).

Jul. Infames!... (*intenta lo mismo interponiéndose á Renard*).

El emb. Silencio todos.... ¡Suspéndase la sentencia!

Ren. ¿Quién se atreve?....

El emb. Vedlo!... (*se descubre el embozo, y aparece con banda y toison real*).

Todos. ¡El rey! (*todos se humillan*).

El rey. ¿Me negaréis ahora la suspension de la sentencia, gobernador?

Mar. (*arrodillándose á sus pies*). Señor, perdonad á Julio que es inocente!... yo os lo juro!

El rey. Alzaos, noble señora, y rogad á vuestro Julio que no me obligue á mandarle lo que ahora solo le pido.

Jul. Señor!.... (*alargándole la cajita*).

El rey. Ahora, idos á fuera todos. Y vos, señor gobernador, sois responsable con vuestra cabeza del primero que pase los muros de la Bastilla. (*vánse*).

ESCENA VII.

El Rey, Julio y Margarita.

El rey. Señor tribuno, ¿qué es este misterio? ¿porqué estaba en vuestras manos esta caja, que me es muy conocida y apreciada?

Jul. Un desconocido me la entregó hace algunos años, diciéndome ser de mi madre y contener los secretos de mi existencia, que jamás he pretendido saber.

El rey. ¿No habeis abierto nunca esta caja?

Jul. Nunca: y ¿para qué? ¿para saber el nombre de los que me dieron el ser y despues me abandonaron?... jamás! res-

peto su voluntad hasta este estremo. Quiero ignorar sus nombres si no puedo pronunciarlos sin mancilla.

El rey. Y si no fuese así? si ellos y vos fueseis las víctimas de una perfidia palaciega, inícua?...

Jul. ¿Qué decís?

El Rey. Mira, (*abriendo la caja y enseñándole el retrato*) esta es tu madre!.. esta es su letra escrita con su propia sangre; oye! «Muero asesinada por el infame Renard..... ¡Julio! hijo mio! si el cielo te preserva de su enojo y de sus innumerables cómplices, como Melviore y David, preséntate al rey; recuérdale á la aldeana á quien tanto amó, y enseñándole una cruz de tu brazo izquierdo, pídele venganza!!—María.»—Lo firma, lo firma, Mira!!

Jul. Oh monstruos! Ahora lo comprendo todo!... por esto me mandaban al cadalso! (*enseñándole el brazo izquierdo*).

El rey. Hijo mio!...

Jul. Señor!...

El rey. Nó; llámame tu padre!

Jul. Padre mio! (*se abrazan*).

Mar. (*arrodillándose al pie del altar*). Gracias, Dios de bondad. Salvais á mi Julio.....

ESCENA VIII.

Los mismos y el **Gobernador, Melviore, David y Renard.**

El rey. (*llamando*) Señor gobernador! guardias! entrad todos. (*despues que lo han verificado*) ¿Porqué llevabais á morir á este hombre?

Ren. Señor, por prófugo de la Bastilla y matador del caballero Roberto.

Mar. ¡Mentís!...

Ren. Señora, el tribunal lo ha sentenciado, y el mismo monarca ha confirmado la sentencia.

El rey. Pero ahora.... la revoco!

Ren. Señor, ved lo que haceis!....

El rey. Antes mirad lo que vos habeis hecho. ¿Donde está aquella aldeana y aquel niño, que eran la mas preciosa joya del corazon de un Delfin de la Francia?

Ren. ¿Me lo preguntais á mí?...

El rey. Mirad: reconoced esta hermosa y noble fisonomia. (*enseñándole el retrato*).

Ren. ¡Gran Dios!

El rey. Os turbais? pues bien: mirad aquí una de sus cartas escrita con su propia sangre. Leed. «Muero asesinada por el infame Renard»... leed, led..!

Ren. Señor....

El rey. Silencio!... Verdugos, arrancad las condecoraciones del pecho de este hombre y vestidle la ignominiosa túnica. (*la que llevará Julio*). Y vos, caballero, ceñid esta banda (*quitándose la que llevará en el pecho*) en señal de mi aprecio y vuestra elevacion. Doblad la frente, traidores! (*lo hacen*). Ahora, oid los medios de que Dios se ha valido para hacer que recaiga sobre vosotros un justo y ejemplar castigo. — Sabedor de que unos cuantos nobles á la cabeza de los que os hallais vos, pérfido Renard, tratabais de aprovecharos de la ejecucion del que llamabais bastardo, cuya sentencia yo creia justa como reo de asesinato; y sabedor que con este pretesto combinasteis promover una asonada para triunfar ilegalmente de vuestros adversarios, acusando asi á todo un partido de desleal á mi magestad, sospeché un crímen por vuestra parte, y traté al punto de averiguarlo todo tan de cerca como de cierto. — Por esto quise interrogar á Julio en su propio calabozo; por eso os cité uno por uno para que comparecierais aquí á la hora de su ejecucion, bien distante sin embargo, de presumir tanta infamia; vuestro interés por la perdicion de Julio y un secreto que os costará la vida... Guardias! al instante desarmad á estos nobles y conducidles á los subterráneos mas oscuros.

Mel. Perdon.....

Dav. Soy inocente. (*se oyen gritos por la parte esterior*).

Rey. Ahora, sacerdotes, fúnebre cortejo, verdugo, poneos en marcha! Ha dado la hora, y no es justo dilatar la sentencia. ¡Ea! este es el reo! (*señalando á Renard*).

Ren. Perdon! perdon!

Rey. Julio; salga al punto vuestra presencia á tranquilizar las masas.... Publicad la verdadera sentencia. (*vánse todos los de la comitiva*).

ESCENA IX.

El Rey, Julio y Margarita.

Julio y Margarita se quedan mirándose, y el rey les contempla y dice).

Rey. Oh! tambien fuí yo tan feliz con mi María!...

Julio. Mi madre!

Rey. Sí, tu pobre madre cuya muerte será llorada mientras exista este corazon. Mira cuan hermosa era! (*le enseña el retrato*).

Julio. Oh! gracias al cielo que aun puedo pronunciar el nombre de madre!.... ¡Madre mia! ¡madre mia!... (*besando el retrato*).

(*En este instante óyese el ruido del hacha del verdugo*).

Todos. Oh!....

Julio. Qué horror!

Rey. La vindicta está satisfecha. Mañana se publicará vuestra boda, y ya que el monarca no puede proclamarse vuestro padre, apadrinará vuestro himeneo... Salgamos, noble tribuno... Que el pueblo os vea y os salude á mi lado.

Julio. Antes impetraré de nuestro soberano la gracia de poder partir lejos de Francia, y habitar un rincon del mundo donde podamos respirar con libertad el uno al lado del otro, (*abrazando á Margarita*) y haya flores, soledad y amor....

Rey. Y me abandonareis?...

Julio Padre.... Para cicatrizar las llagas que han abierto en mi corazon dos años de desgracias; solo pido la soledad, este

libro, (*cogiendo el que habrá leido en el principio del acto*) y mi ángel..... nada mas!... (*Volviendo á abrazar á Margarita.*)

Mar. Y yo, solo pido tu amor.

Rey. Y de mí ¿no quereis nada..?

Julio Sí, sí... la bendicion paternal, que es el bautizo de la felicidad.... (*Julio y Margarita se arrodillan delante el rey; este tiende las manos sobre sus cabezas*).

Rey. Sed felices!

(*Se oyen gritos del pueblo por la puerta esterior*).

Jul. Partamos.

Rey. A palacio, y que el pueblo os victoree á vuestro paso.

FIN.

3 0112 117454352